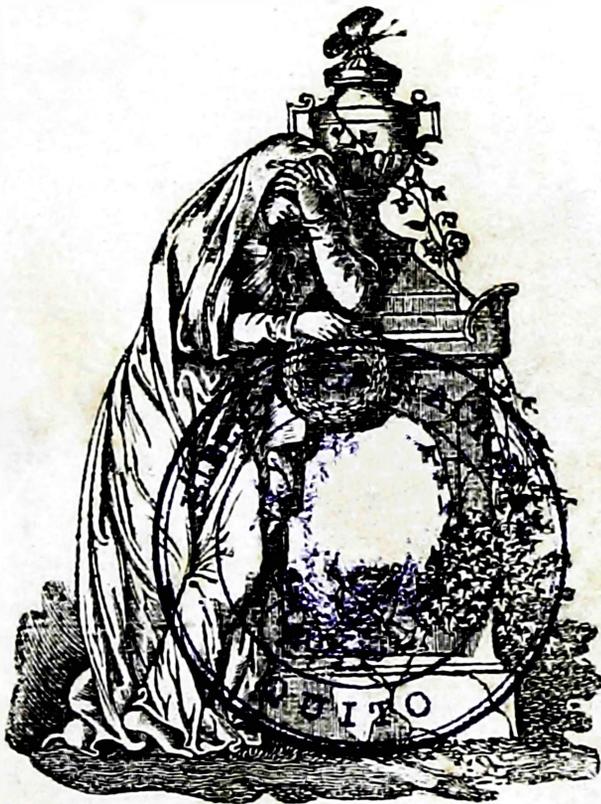


CORONA FUNERARIA
DEL
PADRE DE LA PATRIA.



QUITO

—
IMPRESA DE MANUEL RIVADENEIRA.

—
1866.



EL EXCMO. SEÑOR GENERAL JUAN JOSE FLORES,
FUNDADOR DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR, SU PRIMER PRESIDENTE
I GENERAL EN JEFE DE SUS EJERCITOS.

HONORES FUNEBRES TRIBUTADOS AL GENERAL FLORES.



There is a tear for all that die,
A mourner o'er the humblest grave ;
But nations swell the funeral cry
And Triumph weeps above the brave
BYRON.

Hai siempre una lágrima para todo el que muere i alguno que lamenta sobre el mas humilde sepulcro ; pero las naciones robustecen i aumentan el grito funeral, i la Victoria llora la muerte de los bravos.

I.

EL 25 DE NOVIEMBRE.

Describamos las lúgubres ceremonias con que el pueblo de Quito, lloroso i consternado, recibió en su seno las ilustres cenizas del Fundador de la República i Padre de la Patria, General Juan José Flores.

Describámoslas, sí, para que la generacion que hoi peregrina sobre la tierra oiga en su paso á la eternidad el grito desgarrante de nuestro acerbo dolor.

Ella lo escuchará, sin duda, i nos acompañará en nuestro justo duelo ; porque los hombres destinados por Dios á hacer bienes á un solo pueblo, sirven á la humanidad entera, i su pérdida cubre de luto á todas las naciones.

Bebió Sócrates la cicuta i el mundo le llora todavía : cayó César ensangrentado en el Capitolio i se estreme-

ció el mundo: Tell dejó de existir i el lastimero sonido del cuerno de los alpes arrancó desde las montañas de la Suisa lágrimas i suspiros á los corazones generosos que palpitan bajo las palmeras del Asia ó las viejas encinas de la nebulosa Albion. Fallecieron Washington i Bolívar, enemigos de la monarquía i defensores de la libertad, i los reyes i los déspotas inclinaron sobre el pecho las orgullosas cabezas agobiadas por el pesar: Flores entregó su espíritu al Creador en medio de las ondas de Jambelí agitadas por la tempestad, i en Europa, tanto como en América, la poderosa voz de la imprenta anunció la muerte del héroe colombiano que acertó á fundar una República en torno del majestuoso Chimborazo, digno monumento que desde la inmensidad del océano contempla absorto el marino i señalándolo con el dedo dice á sus camaradas: ¿Veis ese monte que allá á mil leguas de distancia esconde su frente en el azul del cielo? A sus plantas está la República del Ecuador independiente i libre: saludémosla con respeto: pequeña es, pero hermosa como el paraíso i fecunda en lisongeras esperanzas.

Así, el arribo de los restos del Fundador de la República á las faldas del Pichincha, merece por su significación i por el modo con que fué efectuado, ocupar una página de oro en el gran libro de la Historia Americana. Ojalá las siguientes pinceladas puedan suministrar algunos datos sobre él al genio que se proponga escribir los anales de nuestra patria.

Amaneció el 25 de este mes: las nubes reposaban inmóviles sobre las cimas de las montañas. En torno del Pichincha vagaban grupos enrarecidos de escarmenada neblina. El sol apareció en el horizonte como una antorcha funeraria, i su luz, quebrantada por los vapores de la mañana, reflejaba en los pálidos semblantes de centenares de personas que á pié ó á caballo bajaban silenciosas por la pintoresca calle del Meson. Iban á encontrar los despojos mortales del bravo entre los bravos.

A las diez i media de la mañana se veían, desde el

puente del Calzado, en el plano inclinado de San Bartolo algunas banderolas encarnadas i, tal cual vez, el brillo fugaz de un rayo solar que iluminaba la moharra de una que otra lanza: en breve se distinguió una escolta de caballería, en medio de la cual venia una tosca i pesada caja de madera á hombros de esforzados cargadores que movian sus plantas con asombrosa rapidez. Seguian el fèretro los señores Antonio, Federico i Timoleon Flores, hijos del difunto, algunos de sus parientes i amigos i cincuenta lanceros á caballo del 2.º Regimiento. El grupo de montados crecia á cada paso i en pocos instantes formó una numerosa comitiva compuesta de literatos, propietarios, comerciantes i artesanos. El silencio batia su lóbrega bandera sobre el fúnebre acompañamiento: todos tenian los ojos empapados en lágrimas: los soldados llevaban las lanzas afianzadas i fijaban de cuando en cuando miradas de filial amor en la preciosa caja encomendada á su custodia. Tenian razon: el puñado de polvo que estaba á su vista era animado no ha mucho por una de las almas mas grandes que han atravesado en este siglo por el espinoso campo de esta vida, i el soldado ama por instinto á los hombres superiores á quienes el cielo destina á conducir á la victoria las legiones armadas en defensa de los derechos del pueblo. Además, el General Flores no era solo el caudillo del ejército ecuatoriano, sino su protector i su padre. Sí; bien hacian de afligirse i suspirar por él; porque es necesario que sea profundo el pesar causado por la muerte del que nunca dejó caer en el seno de otro hombre ni una sola gota de la amarga hiel de la tribulacion.

“ Alas for them ; though not for thee,
They cannot choose but weep the more,
Deep for the dead the grief must be
Who ne'er gave cause to mourn before. ”

Llegado el fèretro á Chiriaco hizo alto algunos mo-

mentos, i luego prosiguiò su marcha hasta el bello edificio del molino perteneciente á la familia del héroe. En ese lugar, tan querido para él, se efectuó la abertura de la caja dentro de la cual estaba otra de madera de caoba, trabajada con esmero i buen gusto. En el centro de la tapa se leía en letras de oro esta inscripcion:

El Excelentísimo señor General Don Juan José Flores, Fundador de la República del Ecuador, su primer Presidente i General en Jefe de sus Ejércitos.

Para qué mas? el solo nombre de Flores significa una epopeya.

Al leer las personas del séquito esta sencilla inscripcion se conmovieron visiblemente i muchas lágrimas humedecieron la tierra.

Los tres señores Flores nombrados, con los señores Felipe Barriga, Antonio Salvador, Nicolas Subiria, Pablo, Alejandro i Rafael Vázconez i Enrique Stagg, niño de diez años de edad, cargaron sobre sus hombros esas reliquias rodeadas de la aureola de la inmortalidad: los lanceros formaron *calles de honor* desde el hermoso puente de Machángara hasta la iglesia de la Recoleta, i el atahud, seguido de un inmenso concurso de gente de á pié i á caballo, desfiló con lentitud. La tropa presentó las armas: el clarin entonó *puntos de marcha* i sus huecas, pausadas é imponentes vibraciones resonaban entre los peñascos del sitio como si el genio de la guerra hubiese acompañado sollozando los restos de uno de sus hijos mas amados. A tan lúgubre sonido se unian el ruido majestuoso del torrente de Machángara i el tañido angustiador de las campanas fúnebres que tanto se asemeja al grito de misericordia lanzado por el alma que, libre de las cadenas que la sujetaban á la tierra, se presenta sumisa i temblorosa ante el trono de su Creador.

Veíanse á la izquierda las graníticas i desgarradas pendientes del Panecillo i sus caprichosas cuevas bañadas con los límpidos arroyos que de las faldas del monte baidan con dulce murmullo al cauce de Machángara. Un

tanto á la derecha, sobre la pequeña planicie de la Recoleta, se destacaba la redonda cúpula de la iglesia, detras de un bosquecillo de frondosos árboles, cuyas variadas flores embalsamaban el aire. Los balcones de las casas blancas i desiguales formadas en las ondulaciones de las caidas del Panecillo, estaban cubiertos de gente silenciosa i afligida. En el elevado terraplen que domina el tortuoso curso de la carretera, muchas jóvenes de las familias distinguidas de la ciudad se hallaban en pié sobre el césped, esmaltado de flores amarillas, inmóviles, pálidas i llorosas como la estatua del dolor. Tambien estaban allí centenares de ancianos, mujeres i niños del pueblo, i miraban con indecible afliccion el fúnebre convei que deslizándose lentamente por aquel ameno sitio proyectaba en él las sombras de la muerte.

Tocó el fëretro en la puerta de la iglesia, porque el lugar donde reposan algunos instantes las cenizas de los que ya no son, es i debe ser la casa del Señor. La austera comunidad de la Recoleccion dominicana, precedida del estandarte de la cruz, salió á recibir el cuerpo del héroe católico i, entonando uno de aquellos lúgubres cánticos con que la Esposa de Jesucristo dirige á Dios sus preces por los muertos, lo condujo al pié del catafalco elevado en medio del negro cortinaje de la capilla ardiente, que la piedad religiosa habia preparado. Púsose el atahud en un tablon cubierto con un paño mortuorio. A uno i otro lado dos genios vestidos de luto parecian llorar sobre los restos allí depositados; i en el sencillo i majestuoso túmulo colocado en medio de cipreses i alumbrado con el tétrico resplandor de varias lámparas i de doce grandes cirios, se veian las insignias militares del ilustre difunto.

Despues del canto de la comunidad, el talentoso patriota, Presbítero Don Tomas II. Novoa, Diputado al último congreso, amigo leal i decidido del General Flores, subió al pùlpito é improvisó una oracion fúnebre, notable por sus oportunos conceptos i espíritu eminente.

temente religioso.

Terminadas estas ceremonias el inmenso concurso que no cabiendo en la iglesia se extendía hasta la plazuela, se retiró poco á poco lleno de dolorosas emociones.

Por la tarde, á pesar de una gruesa llovizna, bajaban á la iglesia de la Recoleta varios grupos de matronas, de humildes mujeres i de hombres de diferentes ocupaciones i edades. En la enlutada capilla no se oían sino las fervientes preces que el pueblo dirigia al cielo por el alma del héroe i el chisporroteo de los cirios colocados junto al atahud. Cuatro soldados de la escolta que habia acompañado al cadáver desde Guayaquil, hacian de centinelas en torno del féretro, i en sus tostadas fisonomías estaban impresas las huellas del pesar: los devotos que acababan sus oraciones se acercaban á él i lo contemplaban largo rato con recojimiento i dolor. A las seis de la tarde se cierran las puertas de la iglesia. El ángel de los sepulcros vela quizá junto á los despojos mortales del héroe. El alma de este, radiante de gloria pide sin duda al Todopoderoso paz i felicidad para los hijos del Ecuador.

II.

EL DIA 26.

La Historia cubre de fúnebre crespon su severa faz al señalar con el dedo los grandes dias en que los pueblos floran junto á las tumbas de los héroes que fueron; i los cipreses que las rodean regados con las lágrimas de una Nacion jamas se secan ni marchitan. Sobre sus tallos siempre verdes descende la Fama desde las altas regiones que recorre, i posando un instante en sus flexibles ramas, vuelve á remontar el vuelo para anunciar al mundo las gloriosas verdades que ha hallado en medio de las cenizas de los muertos.

Así, el 26 de noviembre de 1866, dia de duelo i de llanto para el pueblo de Quito, pasará á la posteridad con sus lágrimas i suspiros, sus fúnebres cantares, mu-

sica desgarrante, coronas de laurel i siempreviva, tañido de lùgubres campanas, imponente estruendo del cañon i acentos de dolor escapados del pecho de hábiles oradores, bajo el inmenso pabellon del cielo ó entre las columnas i bóvedas del templo iluminadas por el pálido resplandor de funestas antorchas.

Son las cuatro de la mañana. El genio de la luz extiende sus alas i recorre majestuosamente el espacio, empujando con ámbas manos las tinieblas hasta hundirlas en el abismo: el alba, acariciada por una fresca brisa, se sienta en la cima de nuestras verdes colinas, i la ciudad, poco ántes dormida en brazos del dolor, se despierta para llorar. Avanza el dia. El sol radiante i majestuoso ilumina con sus rayos las diademas de plata del Cayambe, el Antisana i el Cotopaxi; se encamina en su carro de fuego hàcia el zenit i mira su imagen reflejada en las lagunas de los valles. Una hora despues el Pichincha se envuelve en un grande manto nebuloso i sombrío: una nube oscura como la noche se dilata de occidente á oriente i el sol desaparece. ¿Serán estos los signos precursores de una tempestad que venga á impedir la ejecucion del homenaje que va á tributarse al General Flores por el deber i la gratitud? Ah, no! las nubes están al retirarse i sobre la atmósfera serena i despejada tornará á campear dentro de pocos instantes el carro luminoso del astro rei. Si el cielo se ha enlutado, si el Pichincha, coronado con los laureles de 1822, se ha vestido de negro por un momento, es porque el atahud en que descansan las reliquias del PADRE DE LA PATRIA se halla ya á las márgenes del Machángara, rodeado de téttricos blandones, i el espíritu de Dios anima i vivifica las montañas, las olas de la mar i la aérea region en que se forma la tempestad: ellas como nosotros sienten, padecen, se enternecen i gimen.

Los gloriosos pabellones de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, i los de las principales Repùblicas amigas ó aliadas del Ecuador, estaban á media asta en

torno de la bandera tricolor que flotaba sobre el palacio de Gobierno, arreada casi en el todo.

De los balcones por cuyo frente debía pasar el féretro, desde la Recoleta hasta la Catedral, pendían negras colgaduras, bajo la bandera nacional enlutada, i las mas pobres mujeres de los barrios desprendían de sus espaldas sus negros pañolones i los tendían sobre las viejas barandas de sus humildes habitaciones.

Un inmenso gentío acudía á la Recoleta i se extendía en el gran anfiteatro formado sobre aquella plaza por las faldas del Panecillo, el pintoresco peñon de San Sebastian i la calle semicircular que coronada de edificios se eleva como una caprichosa galería al frente i un poco á la derecha del Convento de los padres de Santo Domingo. El Batallon N.º 2.º con la bandera i cajas enlutadas i el 2.º Regimiento Lanceros, que hacen la guarnicion de esta plaza, comandados por el Coronel Manuel Salazar, se extendían desde la puerta de la iglesia por el magnífico terraplen de la carretera hasta la calle que cae al Tunel de la Paz. Junto al arco que conduce al átrio del pequeño templo de la Recoleccion estaba la carroza destinada á recibir el féretro, tirada á uso del país por cuatro corpulentos machos con caparazones negros: en el cortinaje delantero se leía en letras de oro:

AL PADRE DE LA PATRIA EL PUEBLO AGRADECIDO.

Cuatro estandartes á la romana, adornados de coronas de laurel i crespon de luto, decoraban el carro: en ellos se veían las siguientes inscripciones:

Pacificador de Pasto (1824)

Salvador del Sur de Colombia (1827.)

General de Division en el campo de batalla (1829)

Fundador de la República del Ecuador (1830)

En la capilla ardiente, en que desde la vispera se habia depositado el cuerpo del héroe, las luces de color de las lámparas funerarias, el resplandor sepulcral de los cirios colocados en grandes candeleros de plata i de

mármol, reflejaban de una manera lúgubre i misteriosa en las negras colgaduras de las paredes, en las fisonomías de los centinelas i en los rostros afligidos de la multitud de gente de ámbos sexos i de razas i edades diferentes. Lo tétrico i majestuoso de aquel augusto recinto, nos hacia imaginar que estábamos contemplando un monumento erigido al ángel del juicio por la mano de la muerte.

A las nueve del dia los señores Antonio, Federico i Timoleon Flores, Felipe Barriga, Antonio Salvador, Pablo, Manuel, Alejandro i Rafael Vázconez, se acercaron al atahud profundamente conmovidos, i cargándolo sobre sus hombros lo condujeron hasta el carro mortuorio. Al salir de la iglesia las tropas presentaron las armas, i las bandas de música, trompetas i tambores tocaron marcha á la sordina. Colocado el féretro sobre el movable catafalco fué conducido al pié de la estatua de América que se eleva sobre una gran columna de granito en el centro de la plaza de la Recoleta. Al instante los viejos i mutilados veteranos de la Independencia, que se hallan en el cuerpo de inválidos, se acercaron uno á uno respetuosamente al atahud i depositaron en torno de él hermosas coronas humedecidas con sus lágrimas. Concluida esta tierna é imponente ceremonia, el recomendable señor Don Manuel Tovar, digno Gobernador de la Provincia, invitó á los señores comisionados por la Sociedad Patriótica á tomar la palabra para hacer el elogio fúnebre del ilustre difunto. Los señores D. Vicente Lucio Salazar, oficial mayor del Ministerio de Hacienda, D. Francisco Javier Leon, Presidente de la Cámara de Diputados, D. Antonio Rivadeneira, Presidente del Concejo Municipal del canton, Dr. D. José María Guerrero, Diputado de la pasada legislatura i Teniente Coronel D. Ramon Aguirre, subieron sucesivamente los escalones del pedestal del monumento indicado, i al pié de la estatua, que á la sazón tenia en la mano á media asta el pabellon triunfante en Carabobo, Pichincha, Junin i Ayacucho, pronunciaron patéticos discursos ba-

jo la inmensa bóveda del cielo, en medio de las verdes colinas que decoran aquel ameno sitio, rodeados de un pueblo numeroso, alentados por la brisa embalsamada con las flores olorosas de los inmediatos jardines, inspirados por las cenizas del héroe, á presencia del signo glorioso de la redencion que se eleva sobre la cúpula i torre de la cercana capilla.

Las palabras que fluían de los labios de los oradores eran unas veces como el hierro candente del dolor, aplicado á lo íntimo del corazón; otras, como la melancólica voz de la Elejía, hacían verter á los oyentes raudales de lágrimas, cuya amargura temperada por el dulzor de los consuelos religiosos, no se parecía en nada á ese llanto que surca i quema las descarnadas mejillas de la desesperacion, otras, finalmente, estallaban como el rayo sobre la monstruosa cabeza de la ingratitud i reducían á ceniza la lengua emponzoñada de la maledicencia.

Gracias os sean dadas, jóvenes compatriotas, porque hicisteis justicia á los relevantes méritos de un hombre grande, i confundisteis á sus enemigos con las armas irresistibles de la verdad. Oh Flores! si el espíritu, libre ya de la materia que le oprime en esta vida, es capaz de enternecerse, el tuyo se conmovió sin duda en esos instantes, i empapado en los goces de la gratitud dijo, tal vez: "Sepulcro, dónde está tu victoria? Muerte, dónde está tu amargura?"

III.

LA MARCHA FUNEBRE

Excelso Pichincha: monte augusto i querido: en tu falda descansa, como una bella azucena en el regaso del genio de las soledades, la amena ciudad en que vimos la luz primera: nuestra cuna fué mecida por tu aliento: bajo tu sombra balbuceámos las primeras palabras, i niños todavía te vimos, desde los campos de esmeralda que rodean á Quito, "tocar al cielo con tu nítida cabeza, amenazar con tus llamas las vecinas comarcas, é inmóvil delante de nosotros imponernos como nuestro juez

i nuestro padre." Bajo tus plantas yacen los huesos de nuestros antepasados i sus manes vagan en torno de tus sepulcros. Tambien el héroe, cuya muerte lamentamos, suspiraba porque despues de sus dias reposasen en tu seno sus cenizas. Mirale: allí viene en ajenos brazos, exánime en su fúnebre lecho, rodeado de laureles *empapados en las lágrimas de los pueblos por donde ha pasado*: recíbele, pues, con benignidad i has que le sea liviana la tierra con que debes cubrirle.

Con efecto, los oradores han terminado sus discursos i el gran convoi se mueve con direccion á la Catedral. A las comunidades religiosas, siguen por su orden los niños de la escuela dirigida por los Hermanos Cristianos, los colegios seminario i nacional, gran número de personas notables, entre las que se encuentra un crecido número de ciudadanos de la Nueva Granada, el Concejo Municipal i la Sociedad Patriótica presidida por el segundo Magistrado de la República: sigue la carroza fúnebre despues de cuatro caballos blancos, cubiertos de costosos caparazones negros bordados de plata, i en medio va otro ensillado con la montura en que el General cabalgaba en los dias de gala. Cinco gastadores del N.º 2.º de colosal estatura, aumentada por sus altas gorras granaderas de pelo de oso, hacen de palfreneros. Los beneméritos General D. José Martínez de Aparicio, Coronel D. Manuel Guerrero i dos Tenientes Coroneles, llevan las borlas de oro de los cuatro cordones que penden del féretro. Sobre la caja que encierra los restos va el uniforme cubierto de las condecoraciones i medallas que usaba el difunto. Detras se ve á los estimabilísimos hijos del héroe i á sus mas próximos parientes acompañados del esclarecido ciudadano señor Don Gabriel García Moreno. Ultimamente el Batallon en columna de mitades i el Regimiento á caballo por filas de á ocho, marchan al compas de una marcha lúgubre compuesta por el profesor Agustin Guerrero.

El orden i el silencio reinan en las cinco cuadras que ocupa tan inmenso séquito: de los ojos de las hermo-

as quiteñas, asomadas á los balcones, como las afligidas palomas que posan en los huecos de las peñas, resbalan lágrimas de dolor que caen sobre la tierra como el rocío de la tarde: la palidez de la tristeza está en todos los semblantes i el duelo en todos los corazones: el lento i simultáneo movimiento del fúnebre cortejo lleva consigo la aflicción i el llanto, i su presencia destierra la sonrisa de la tranquilidad, como los nubarrones de la tormenta la ténue luz que baña la superficie de un lago escondido entre los pliegues de una montaña.

Al llegar el doliente acompañamiento al frente del Colegio de los Sagrados Corazones, hace alto un momento, i doce niñas vestidas de negro se desprenden de aquel suntuoso edificio i pasan á colocarse á uno i otro lado del féretro: sus rostros angelicales brillan bajo el velo que los cubre como las estrellas del firmamento al través de las sombras de la noche.

La Catedral, con el lúgubre clamoreo de sus campanas, anuncia que los restos del héroe cristiano se acercan á sus puertas, i al instante se oyen los dobles de las demás iglesias: las hijas se unen de este modo al justo llanto de su augusta madre.

Detiénese el féretro al pié de la *grada redonda* del pretil de la Catedral. El ex-presidente de la República, señor D. Gabriel García Moreno, inclina su ilustre cabeza hermoçada con los brillantes laureles de Jambelí i se apresura á cargar él primero sobre sus hombros el atahud donde reposa intacto el cuerpo de su preclaro amigo. Hacen lo mismo nuestro mui distinguido compatriota el Dr. D. Antonio Flores i sus dos recomendables hermanos, los tres señores Vázconez ya nombrados, el bizarro Teniente Coronel D. Pacífico Aguirre, el señor D. José María Arteta i los estimables propietarios señores D. Felipe Barriga, D. Antonio Salvador i D. Ulpiano Quiñones.

Al llegar el atahud á la primera grada del pretil desciende sobre los brazos de los ciudadanos que lo llevan i las doce niñas del Colegio colocadas en dos alas en los

escalones de la gradería, representando á las doce provincias que componen la República, se acercan á él de dos en dos i cubren de preciosas coronas, hechas quizá por sus mismas manos, el magnífico uniforme del PADRE DE LA PATRIA. Nuevamente alzado el atahud en hombros de los que lo cargan, entra en la Catedral precedido del signo de la redención i acompañado del venerable Cabildo Eclesiástico que habia salido á recibirlo en el pórtico.

IV.

EL TEMPLO.

Oh Religion divina! ; Cuán augusta i consoladora brillas en el santuario si cubres amorosa i clemente con tu manto celestial los frios despojos de los muertos! La voz de tus plegarias elevada al Cielo en alas de la piedad es oída con ternura por el Padre de la misericordia; tus lúgubres cantares hacen llorar á los ángeles, el incienso que quemas en torno del atahud aplaca la ira del Señor, i el agua santa con que salpicas el féretro descende sobre el angustiado corazón del huérfano i la viuda, como la lluvia de la tarde sobre los campos agostados por los rayos abrazadores del sol del medio día. Con tus sublimes i patéticas ceremonias conduces de la mano á los que gimen á las piscinas del consuelo, cuyos raudales cristalinos nacen al pié del trono del Señor, i cuando por el alma de algun difunto ofreces en holocausto la hostia inmaculada del divino cordero doblan la rodilla los habitantes del cielo i tiemblan las potestades del infierno. Permite, pues, oh Religion Santísima, que entremos á la casa de Dios para pedirle humildemente por el alma del grande hombre cuyos restos venerandos están ya al frente del altar.

Las columnas del templo se hallan enlutadas i sus negras colgaduras movidas por la brisa se inflan i replegan alternativamente como el convulso seno de la agonía. La imágen del orucificado, destacada de un fondo tenebroso en lo alto del tabernáculo, representa á lo vivo la escena del Calvario.

En el centro de la iglesia se eleva majestuoso i sombrío el túmulo donde ha sido colocado el atahud, formado de fusiles, bayonetas i lanzas, bajo la direccion de Monseñor Tavani (que cada dia se capta mas las simpatías del pueblo de Quito con sus virtudes, talento distinguido, celo apostólico i carácter bondadoso i amable) llama la atencion general por la magnificencia i buen gusto que se notan en su conjunto i pormenores. En la alta cúpula, sostenida por cuatro columnas entrelazadas de cipreses, sobre las cuales arden cuatro llamas fúnebres, está en pié la estatua de la Fe, vestida de blanco llevando en su diestra el estandarte de la cruz. Pende de dicha cúpula una lámpara de muchas luces cuyos pálidos destellos reflejan en el negro charol del atahud que está debajo, en los bordados de oro del uniforme colocado sobre él i en los preciosos esmaltes de las cruces i medallas que adornaban el pecho del Fundador de la República. Los cuatro ángulos de la base, construida de lucientes cañones de fusil, están decorados por cuatro grandes escudos, en los cuales se ven fijadas con simetría varias armas mui buenas de las usadas por los antiguos romanos i por las huestes de la edad media. En el centro del frente está el escudo de armas de la República rodeado de banderas: en el de la derecha se lee en letras de oro esta inscripcion, tomada de las cartas dirigidas por Bolívar al General Flores:

Angel i jóven héroe: ya se ha sentado U. entre los inmortales i por lo mismo no debe perecer.

En el de la izquierda otra inscripcion tomada de las mismas cartas, dice:

Gracias por tan inmensos servicios hechos á Colombia: ellos no tienen precio ni recompensa

El túmulo está rodeado de lámparas funerarias i entre los adornos bélicos que lo circundan hai varias pirámides de balas de cañon cuya cúspide es formada por las llamas que salen de una granada de á doce que parece va á estallar al instante.

Así adornada la iglesia se da principio á las augustas ceremonias. A ellas están presentes el Supremo Gobierno con todos los emplados civiles, militares i de hacienda, el distinguido i simpático Cuerpo Diplomático, el Concejo Municipal, la Sociedad Patriótica, las Corporaciones religiosas, los colegios i un numeroso concurso de personas de todas las clases de la sociedad.

Cantada la vigilia por varios sacerdotes nacionales é italianos al son de una música lúgubre i majestuosa, se dice misa solemne por el señor Dr. D. Camilo García, Canónigo de Merced—pontificando el Ilmo. señor Obispo de Ibarra, señor Dr. D. José Ignacio Checa. Durante ella el Batallon hace en la plaza las tres descargas de Ordenanza á las que segunda el estallido del cañon que truena desde que salió el alba i no cesará hasta que el sol se ponga.

La imponente majestad del templo, la voz conmovida del pastor de la Iglesia, cuyas preces suben al cielo desde el pié del santuario, el profundo recogimiento de los concurrentes i los suspiros que se escapan de los tiernos corazones de las matronas que oran por el alma del ilustre difunto, todo esto en torno del túmulo sobre el cual bate sus alas el Angel del Sepulcro, causa indecibles emociones á cuantos se hallan presentes.

Despues de la epístola, el profético canto del *Dies irae* acomodado á la música eólica de Mozart, resonó en la bóveda del templo i llenó á los circunstantes del santo temor que inspira siempre aquel eco desgarrante de la humanidad aterrada con la vision del juicio final que como un espectro se levanta al confin de los siglos venideros i obliga á la muerte espantada á cubrirse el empolvado rostro con su manto de púrpura. Todavía vagan en nuestros oidos las notas severas que entonces las voces varoniles del coro al enunciar poco mas ó ménos los siguientes conceptos, embellecidos con la brillante cadencia de la lengua usada en la antigua Roma:

Llegará el dia en que Jesus del cielo
Veloz descienda i nos exija airado

**Estricta cuenta á los que acá en el suelo
 Seguimos por las sendas del pecado.
 Entónces, ai de mí! ¿ dónde consuelo
 Hallar podré si el justo habrá temblado?
 Ante Dios i los hombres mis pasiones
 Descubiertas serán i mis acciones.**

Estos versos, así como los demas de aquel himno sagrado vibran en el corazon como el alarido del mundo en el último instante de su existencia i alumbran los senderos de la vida con los destellos de la lámpara que arde en el sepulcro.

Terminado el sacrificio de la misa subió á la càtedra sagrada nuestro compatriota el Padre Manuel José Proaño, de la Compañía de Jesus, i pronunció la admirable oracion fúnebre que se encuentra reproducida en este libro. La noble compostura del orador, su voz dulce i sonora i su accion viva i mesurada daban un realce indecible á las elocuentes palabras que fluían de su boca, ora como un arroyuelo que se desliza entre las flores del prado, ora como el humo del incienso que sube al cielo en bellas espirales, ora como el torrente que arrebatata todo cuanto se opone á su paso estremeciendo la tierra. El innumerable concurso, pendiente de los labios del predicador, discurria, sentia i se extaciaba con él: si hablaba de Dios todos creiamos ver al Señor en oscuridad de nube en medio de truenos i relámpagos sobre un pedestal de fuego como apareció á Moises en el Sinai: si recordaba las virtudes i hazañas del héroe nos imaginábamos que veiamos á este blandir uno de los primeros la pujante lanza en los campos de batalla ó extender su clemente diestra para proteger al vencido, i si aludia al luctuoso suceso del 1.º de octubre de 1864 nuestros corazones se conmovian i llorábamos. Todo el auditorio parecia tener una sola alma i un solo corazon—el alma i el corazon del orador.

Despues del magnífico sermon, el ilustrado i recomendable señor Mauti, Secretario del Delegado Apostólico residente en esta capital, entonó un cántico fu-

neral que por su lúgubre i sublime armonía i por la patética grandeza de sus palabras nos traía á la memoria el famoso canto del arco compuesto por David sobre la muerte de Saul i de Jonathas.

Cantóse en seguida el responso final i aquel *requiescat in pace* que los divinos labios de la Religion pronuncian al dar la última azadonada en una tumba cristiana terminó la funcion fúnebre mas espontánea i solemne que cuantas la han precedido en esta capital.

Sí; descansa en paz, ilustre veterano, i alcanza del Señor consuelo para tu enlutada familia, prosperidad i ventura para la República que fundaste. “Descienda sobre nosotros tu augusta sombra i enternecidas las cuerdas de la lira bajo los dedos inspirados de nuestros bardos revelen al mundo tus hazañas i virtudes de generacion en generacion. En los ensangrentados campos de batalla encadena la fortuna á los pasos del guerrero que te remplace para defender la patria, i multiplica el espanto que produzca su valor” (*).

Noviembre de 1866.

Francisco Javier Salazar.

- (*) Descends sur nous, ombre chérie
 Du palais mobile des vents.
 Sous nos doigts inspirés que la corde attendrie
 Retraced tes exploits d'âge en âge vivans.
 Dans les champs affreux du carnage,
 Sur les pas du guerrier qui commande après toi;
 Enchaîne la fortune, et redouble l'effroi
 Que va répandre son courage.

BAOUR-LORMIAN:

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA POR EL SEÑOR DOCTOR TOMAS H. NOVOA.

Iste quidem vita decessit non solum juvenibus sed universæ genti exemplum virtutis et fortitudinis de relinquens.—2.º MACAB : 6 31.

SEÑORES :

Haciendo el Espíritu Santo el justo i merecido elogio de Eleázar que prefirió una muerte cruel en defensa de la lei dada por Dios á una vida débil i llena de vergüenza en este mundo, i fué conducido al suplicio con heróica resolucion, dice, en el segundo libro de los macabeos, hablando de él: “este honró i fué mui digno de una senectud venerable i murió dejando, no solo á la juventud sino á toda la nacion, ejemplos de virtud i de fortaleza.” *Iste quidem vita decessit &c.*

¿I podré yo servirme de estas mismas palabras, para el elogio fúnebre que he resuelto dedicar á la esclarecida memoria del ilustre General Juan José Flores, en este dia de lágrimas i de luto para sus parientes i amigos i para el país en general, que le es deudor de tantos i tan grandes beneficios? Sí puedo i debo hacerlo señores, porque el General Flores en el período de su vida nos ha dejado, como militar, como politico, como hombre de estado, como simple ciudadano i como proscrito, luchando con el infortunio con heróica resolucion, grandes é importantísimos ejemplos de sólida virtud i de verdadera fortaleza. A pesar de esto, señores, no espereis de mí, en este dia, un elogio adecuado al mérito del ilustre General Flores, ni digno de vuestra piadosa atencion, Yo no vengo, señores, á ofrecer á vuestra consideracion un discurso estudiado,

vestido con las galas de la elocuencia mundana, adornado con las imágenes i figuras de la retórica que tanto suelen cautivar la imaginacion. No: yo vengo á desahogar un tanto los sentimientos de mi corazon, á derramar con vosotros una lágrima de amistad, de respeto i de gratitud sobre los restos mortales del Fundador de la República i á llenar el sagrado deber que tiene todo ecuatoriano de honrar los altos merecimientos, las preclaras virtudes del Padre de la Patria. Un sentimiento de justicia, de piedad i de reconocimiento nos ha conducido i reunido hoi en este lugar santo á tributar un justo, religioso i mui debido homenaje á las cenizas del ilustre General Flores que murió cubierto de gloria inmarcesible adquirida con admirable abnegacion, patriotismo, valor, constancia i heroicidad, ya en los campos de batalla como militar, ya en los consejos de la política como hombre de estado, ya en la cumbre del poder público como jefe de la Nacion, ya en el terreno inmenso de las letras i de las ciencias como literato, ya en fin, como modelo de tantas i tan esclarecidas virtudes cívicas, morales i religiosas, que ha dejado para que las imitemos i podamos llenar cumplidamente los deberes que tenemos para con Dios, para con la Patria i para con nosotros mismos. *Iste quidam vita decessit, non solum &c.*

Ved, señores, propuesto ya el plan de mi pequeño discurso i el objeto de vuestra atencion, en este breve rato.

El General Flores no fué grande ni digno de la admiracion del mundo por distinguidos i recomendables enlaces de familia, ni por el esplendor de la grandeza i de la gloria de sus antepasados: la gloria i la grandeza de su vida nacen, crecen i se fundan en las elevadas concepciones de su genio, en las afecciones benéficas de su corazon, en su acendrado patriotismo i amor á la libertad, en su valor, serenidad i denuedo en medio de los mas inminentes peligros, en su prevision i audacia en los momentos supremos de su esclarecida carrera, en fin, en su abnegacion i constancia en medio de los mas ruidos i prolongados embates del infortunio.

En el año de 14 i á los 14 años de su edad, empezaba el jóven Flores su carrera militar, i en los primeros escalones de ella daba ya una idea mui distinguida de lo que seria en el curso de la guerra magna de nuestra independenciam nacional. Cuatro años de cruda campaña con el célebre ejército de Apure, fortificaron su corazon para sufrir con denuedo las privaciones i peligros de la guerra, i en mas de veinte batallas sangrientas de esa época gloriosa para Colombia i para la América toda, acreditó que era digno, no solo de turnar sino de sobresalir entre esa brillante pleyada de héroes i de mártires de nuestra emancipacion política. En los memorables campos de Carabobo i en el sitio de Puerto-Cabello combatió con bizarría i se distinguió por innumerables hazañas que inscribieron su nombre entre los de los mas valientes campeones del ejército libertador. Hizo la campaña i asistió á la batalla de Bomboná, sostuvo la retirada del ejército, i despues de reveses i victorias repetidas, en una guerra casi continua de tres años, con los espartanos de América, en las escarpadas breñas de Pasto, mereció poner término á esa lid desastrosa i sangrienta, en el año de 1824. Amenazado el Sur de Colombia por la 3.^a division sublevada en Lima, el General Flores, con su genio, con su influencia, con el brillo de su espada, siempre vencedora, contuvo á las huestes invasoras i las hizo desaparecer i disiparse como el humo, quedando así sobrecogidos de espanto los traidores á su propia patria i restablecido el órden constitucional en la República. Las glorias del General Flores en la campaña i batalla del Portete os son demasiado conocidas: el Libertador le escribió dándole las mas expresivas gracias, por cuanto él preparó los elementos, pre-dispuso los ánimos i consiguió la victoria: Colombia entera lo proclamó vencedor i le dedicó los mas bien merecidos encomios.

A la muerte del gran Bolivar era preciso que desapareciera Colombia fundada por él, como guerrero, como estadista, como legislador, como político i como

hombre providencial destinado por Dios para tan altos designios. Venezuela conducida por Paez, fué la primera que proclamó su independencia i entró en el número de las naciones soberanas. El Sur de la gloriosa Colombia ansiaba por proclamar tambien su independencia nacional i ejercer por sí mismo los derechos de su soberanía, de que se consideraba digno i acreedor por tantos i tan indisputables títulos. El General Flores conocia la tendencia general de todas las clases de la sociedad hácia este fin, i no tardó en acogerlo con decision, sostenerlo con entusiasmo, i dirigirlo con prudente energía hasta hacer que separándose de la unidad colombiana apareciera el Ecuador como República libre, independiente i soberana. En el año de 22 habia dejado de ser colonia española i habia pasado á ser parte integrante de la gran República: en 1830 entró en el goce de sus sagrados derechos, mediante el bien merecido influjo del General Flores en el ejército de Colombia estacionado en el Sur. ¡Compatriotas i amigos que me escuchais! fijaos en este hecho generoso i magnánimo de la vida pública del ínclito General Juan José Flores, i estoí cierto que todos vosotros, amigos i enemigos, amantes del progreso i de la prosperidad de la Nacion i celosos defensores de la moral pura del Evangelio i de la santa religion de nuestros padres, confesaréis conmigo que este es el mas importante servicio que os pudo hacer como Fundador de la República i Padre de la Patria.

I si no, pensad señores por un momento que sois todavía parte integrante de la antigua Colombia ó de la nueva, entregada en nuestros dias al torrente devastador de todas las malas pasiones; i ved lo que seria de vosotros. En política, deslumbrados por las disolventes máximas del desarrollo físico, moral é intelectual del individuo, del aumento de la produccion, de la satisfaccion de todas las necesidades i de la armonía de todos los intereses, andariais vagando, como vagan allá, de teoria en teoría, de quimera en quimera, hasta su-

miros en el insondable caos del socialismo, tantas veces condenado i repudiado en las naciones cultas de Europa. En religion, ya habriais visto expatriadas á las inocentes é inofensivas vírgenes consagradas al servicio del Señor, á los ministros del culto en la necesidad de pedir permiso á la autoridad civil para poder ejercer sus funciones, las propiedades de la Iglesia expropiadas bajo el infame calificativo de bienes de manos muertas, el episcopado ecuatoriano perseguido i muriendo acaso en tierra ajena algunos prelados dignos, virtuosos i aun santos, como los Puyanas i Riaños que han muerto en nuestro suelo.... En fin, señores, proclamando libertad absoluta en todo sentido, lo que jamas habriais podido ser es, libres en el sentido de la justicia i de la razon i libres para profesar públicamente la religion de vuestros padres, *el catolicismo*....

¿I quién os ha preservado, amados campatriotas, de tantos i tan incalculables males? El General Flores que os dió vida independiente i nacional, que triunfó de las tentativas de Urdaneta que queria someternos nuevamente en 1831 á la humillante condicion de volver á ser partes integrantes de una Nacion digna de mejor suerte por sus antecedentes gloriosos, i digna solo por ahora de la compasiva ternura del filósofo cristiano. Ya hemos visto, señores, al General Flores en el apogeo de su gloria, no contento con haber fundado la República del Ecuador, prestando su poderoso auxilio en 1840 i 41 para sostener el Gobierno legítimo de Nueva Granada, debelando las facciones del Sur de aquella República que desde entónces trataban de implantar los principios anárquicos i disolventes del rojismo, i entregando á sus autoridades el territorio reducido á la paz i al orden; debido todo á su bravura, á su pericia militar, á su indomable constancia, á su tino político en circunstancias difíciles, i á la amabilidad i dulzura de genio; i veámosle rápidamente, no ménos virtuoso, no ménos fuerte i no ménos digno de admiracion en el infortunio.

El fuego de la guerra civil se enciende en 1845, la anarquía, ese estado de confusion i desórden amenaza á la República, i el General Flores, en vez de presentarse en tan crítica situacion, como el genio de la guerra, cual se habia presentado desde el año de 14, aparece como el ángel de la paz: teme que su presencia sea tal vez un obstáculo para ella i para la prosperidad i gloria de su patria adoptiva: resuelve descender del poder público á que habia sido llamado tercera vez por el voto de la nacion, i se ausenta de la patria de sus afecciones mas íntimas: sin trepidar acepta las propuestas que se le hacen i se retira de sus hijos, de sus amigos i de su ejército siempre vencedor i nunca vencido, *por dar un público testimonio de su acendrado patriotismo*, como lo confesó el Gobierno Provisorio de aquella época. Se presenta en Europa en calidad de proscrito, porque á su salida se le cerraron las puertas de la patria; i allí, sin mas títulos que los de haber gobernado el país de su adopcion con tino, dignidad i decoro (prendas desconocidas en los que le habian seguido en el ejercicio del poder) i mui especialmente en las relaciones exteriores cultivadas con lealtad i nobleza, atrajeron sobre él la atencion de los gobiernos mas cultos del viejo mundo que le colmaron de estimacion, honores i distinciones que hasta hoi no ha recibido ningun americano.

Perseguidos sus amigos, confiscados sus bienes, pros-crita su familia contra el tenor expreso de los convenios celebrados por *acendrado patriotismo*; él se presentó es verdad en 1852 en las aguas del rio de Guayaquil, pero bajo la protesta mas patriótica, mas honorífica i mas digna de la grandeza de su alma: *no creais, dijo, que reasumo, reclamo ni acepto la primera magistratura del Estado. No: mi propósito es sostener con mi influjo i mi espada al ciudadano que eligieren los pueblos.* La verdad clásica de este propósito la vimos realizada al pié de la letra en los últimos años de su importante vida. Ved, señores, al General Flores, á pesar de que sus derechos parecen legítimos é indisputables, precisado á ir á vivir

en el infortunio en el hospitalario pueblo de Chile, porque la Providencia quiso acrisolar mas sus virtudes i enaltecer mas su mérito. Allí, rodeado de su digna i respetable familia, proscrita tambien i víctima de inno- bles venganzas, supo llevar con resignacion heróica, con conformidad cristiana, todos los azares, todas las contra- dicciones, todos los sinsabores de la adversidad. Señores! en esa época calamitosa i de prueba para su abnega- cion, patriotismo i piedad religiosa, tuvo la honra de ser su compañero de infortunio; i puedo deciros como hombre de honor, como sacerdote en esta sagrada cá- tedra i como ageno de toda aspiracion que pudiera in- ducirme á la lisonja con menosprecio de la verdad, que jamas oí salir de sus labios una queja amarga contra sus injustos i tenaces opresores, jamas una contestacion destemplada á los insultos i calumnias que publicaba la prensa asalariada por el poder, jamas una palabra ni un movim iento que revelasen que el ódio ó la venganza habian tenido cabida en su corazon magnánimo i ge- neroso. Siempre afable, siempre ameno en sus con- versaciones, siempre patriota, siempre noble en sus de- signios, siempre religioso i siempre católico en todos sus actos, en todos ellos respiraba dulzura, clemencia i pie- dad i una incontrastable conformidad con las disposi- ciones del cielo.

En el Perú el Gobierno del general Castilla lleno de pretensiones ménos disfrazadas que nunca por usurpar una gran parte del territorio, ofrece al General Flores inmensas ventajas para que venga á ponerse á la ca- beza del ejército armado por un general desnaturalizado i traidor á la madre patria, ó por lo ménos para que precinda i se separe del teatro de la guerra. El Gene- ral Flores desecha con energía las conveniencias perso- nales que se le ofrecen, los rechaza i se cree aun ofen- dido en su desgracia; i en vez de eso, vosotros visteis que prefiriendo el destierro del país hospitalario del Pe- rú, vino á ofrecer su influencia militar, su espada nunca vencida i su corazon abrazado del mas puro i acendrado

patriotismo al Gobierno Provisorio. Él organizó i aumentó un ejército entusiasta i decidido por la independencia i esplendor de las armas nacionales; él, sobreponiéndose á los obstáculos que parecia poner aun la misma naturaleza al patriótico designio de salvar la patria, unido al hombre extraordinario, á la primera notabilidad ecuatoriana que dirigia entónces los destinos del país, atravesando por montañas incultas, por caminos fragosos i casi intransitables, mereció llenar de espanto i confusion al enemigo, batirlo en sus atrincheramientos de Babahoyo i humillarlo por medio de prodigios asombrosos de valor en el paso del Salado.

Victorioso, triunfante i orladas sus sienes de una corona entretejida de laureles i de olivos, vosotros le visteis tan terrible en la guerra como afectuoso en la paz, tan formidable en el campo de batalla como amable en el seno de la sociedad, tan comunicable i dulce con sus amigos como clemente i bondadoso con sus enemigos. Vosotros le visteis, despues del 24 de setiembre de 1860 unido íntima i cordialmente á sus antiguos enemigos políticos, olvidado de 15 años de ruda persecucion abrir su corazon á los que acaso habian tenido en ella una gran parte, i ocupado de complacer i de servir á todos, sin distincion i sin reserva. Vosotros le visteis sumiso i obediente al Gobierno de la República como militar, interesado en el progreso i prosperidad de la patria como representante del pueblo, laborioso, desprendido i leal á sus principios morales i religiosos como ciudadano. Vosotros le visteis empeñado en la fusion de los partidos políticos con ejemplos de casi inimitable generosidad i desentendiéndose muchas veces de lo que debia á su decoro personal i á la gloria de su nombre; marchando sin vacilacion ni excusa á donde le llamaba el deber, por árdua que fuera la empresa, por inminente que fuera el peligro que le amenazara: i viendo eclipsarse *un dia* el sol de su brillante carrera militar, sin abrir sus labios para inculpar á otros el contraste, para descargarse, para justificarse.... No señores: él sufre,

él calla, i como verdadero amante de su patria, trabaja por salvarla, empleando sus talentos, la influencia de su genio i sus íntimas relaciones de amistad para contener i obligar al vencedor á retroceder en medio de su marcha triunfante á la capital.

Las conmociones interiores se multiplican, las invasiones externas se rechazan como las olas del mar; el General Flores ocurre como una providencia á extirpar el fuego de la discordia, á debelar los progresos de la rebelion, á restituir á su patria dias bonancibles i pacíficos para que pueda marchar segura por el camino del verdadero progreso. En una de esas repetidas ocasiones, sale, hallándose gravemente indispuerto de su salud, prefiriendo una muerte casi cierta al deber de defender su patria: merece que sus esfuerzos i sacrificios sean coronados por la victoria; i entónces se agravan sus sufrimientos, le faltan las fuerzas naturales, todo cuanto le rodea se extremece poseido de pavor, i él, sereno i tranquilo, ve aproximarse el instante de la partida; i con la apacibilidad de un verdadero filósofo, con la fe de un hijo del Evangelio i con la esperanza de un católico, da el último suspiro i vuela á la mansion eterna de la justicia i de la mortalidad; pudiéndose decir á vista de los antecedentes i consiguientes i de los últimos instantes de su vida, quo murió dejándonos, como Eleázar al pueblo judío, ejemplos elocuentes é imperecederos de virtud i de fortaleza. *Iste quidam vita decessit non solum juvenibus sed universae genti exemplum virtutis et fortitudinis de relinuens.*

Sí amados compatriotas! *El General Flores ha muerto*; ya no existe el fundador de nuestra independenciam nacional, el primer ciudadano del Ecuador, el General en Jefe de los ejércitos de las Repúblicas del Ecuador i de Venezuela, el Padre de nuestra querida patria! Allí teneis, señores, á vuestra vista sus restos mortales, sus cenizas venerandas, casi íntegras i respetadas aun del poder destructor del sepulcro. Permitidme, pues, amados amigos i compatriotas que, ante ellas, llame

con David á los grandes, á los poderosos, á los magistrados, á los héroes i soberanos de este mundo, á que vengan á instruirse, á aprender á vivir como verdaderos cristianos i á morir como hombres justos: *et nunc reges intelligite erudimini qui judicatis terram.* Sí, mortales! venid á aprender á gobernar á los pueblos prefiriendo la clemencia á la inflexible severidad, castigando los delitos i empleando, para que sea provechoso el castigo i segura la enmienda, la rectitud con mansedumbre, i la justicia con misericordia, como lo supo hacer el General Flores. Él ha muerto, señores, pero vive i vivirá perpetuamente en nuestra memoria i en nuestro corazon, porque supo ser benéfico i clemente en la prosperidad, resignado i sufrido en el infortunio, amable i bondadoso en todas circunstancias i verdadero cristiano hasta la muerte. Sobre la tumba de este hombre manso i humilde de corazon, cuyo carácter fué el espíritu de conciliacion i de paz, de perdón i de amor á sus enemigos; démonos, señores, un abrazo fraternal, que desaparezcan para siempre los ódios i las venganzas que engendra el espíritu de partido, que germinen i florezcan entre nosotros la union i la concordia, para que podamos vivir como hermanos, socorriéndonos en nuestras comunes necesidades, dándonos la mano en nuestras frecuentes caidas, exhortándonos á la práctica de las virtudes cívicas, morales i cristianas, de que tantos ejemplos nos ha dejado el hombre á quien nos hemos reunido á honrar en este dia; para poder así ser felices en este mundo i vivir eternamente dichosos en la region de la justicia i de la paz.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR VICENTE LO SALAZAR.

Señores :

Dos años ha que entristecida la Nación derrama lágrimas de hiel, por la pérdida del héroe colombiano que, con sus eminentes virtudes, ardiente patriotismo i valor incontrastable, consiguió elevarla al alto rango de las naciones soberanas é independientes del nuevo mundo. Dos años ha que esta populosa capital reclama la honra i el consuelo de poseer los restos del que supo vivir para ilustrarla i morir por defenderla.

¡¡¡ Allí los teneis, señores!!! Esa urna funeraria contiene las yertas pero elocuentes cenizas á cuyo encuentro habeis salido, no ya como salíais en otros tiempos, á levantar vuestras voces para victorear al vencedor que traia la cabeza erguida por los triunfos obtenidos en el fragor de los combates; sino para tributar á sus restos venerandos los honores fúnebres, los cánticos mortuorios i los ayes del dolor que destroza vuestros corazones, con la desgarradora idea de no volver á verle jamas.... Sí.... jamas: terrible, desconsoladora palabra que se dilata por el infinito i va á perderse en las sombras de la eternidad!.....

Una serie de ideas se desprenden del féretro del héroe i vienen á herir nuestro angustiado espíritu, agrupando en la memoria recuerdos fecundos como la virtud é imperecederos como la gloria.

Levántase Colombia en medio de dos mares como un gigante, bajo cuyo brazo debia caer hecho pedazos el cetro de los Reyes, i Flores aparece en esa lucha titánica i estupenda como uno de los mas bravos i esforzados combatientes: á la intrepidez del arrojo une

las disposiciones del genio, conquista uno á uno los laureles de la victoria i pronto llega á condecorar su pecho con las insignias de los mas afamados capitanes. ¡Cuánto valor en sus acciones, cuánta inteligencia en sus planes! ¡Era el genio de la guerra que aparecía entre el humo i la metralla, para relucir despues, como un astro luminoso, en medio del hermoso cielo americano!

Podíamos seguirle desde 1814 hasta 1830, en que terminó la guerra magna; mas ¡para qué entrar en tan minuciosa conmemoracion de sus hazañas, cuando la historia las narra i encomia como se merecen, i cuando hablo en presencia de un pueblo que le acató por sus virtudes, que le honró por sus talentos, que le admiró por su grandeza, i que hoy, en medio del dolor, tributa á su memoria los respetos, el amor i la veneracion que él conquistó con sus relevantes prendas? Las luminosas huellas de los seres privilegiados no desaparecen del mundo con la sucesion de los tiempos, ni con la violencia destructora de los huracanes: las tempestades ni los cataclismos no tienen jamas fuerza bastante para borrarlas. Así, las de este ilustre veterano las encontrareis en toda la extension de la gran República que formaba Colombia, la grande; su ilustre nombre es repetido con admiracion por la América jóven, poderosa é invencible; el eco de su fama se extiende aún á las colosales naciones del viejo mundo.

Pero no, no son estos los únicos misteriosos atractivos que vagan en torno de sus cenizas, i que han hecho de un hombre una pasion, una insignia política, una divisa de honradez i patriotismo.... ¡qué! ¡puede haber un dictado mas seductor que el de *Héroe Colombiano*, mérito mas relevante que diez i seis años de inmensos sacrificios, privaciones i combates en esa epopeya gloriosa de nuestra independendencia?.... Sí, sí lo hai: en el fondo de nuestro corazon existe una simpatía, una voz, una expresion de la que se desprenden tiernas emociones.... ¿La conoceis, señores?—¡Oh, si la conoceis,

i la conoceis por qué la sentis!—es la que le denomina **PADRE DE LA PATRIA—FUNDADOR DE LA REPÚBLICA**, defensor de sus derechos, conquistador de sus glorias; títulos imperecederos que el aliento emponzoñado de la ingratitude no podrá empañar i que, inmortales, vivirán al través de los tiempos, repetidos con entusiasmo por las generaciones venideras.

Él fundó nuestra hermosa República, le dió existencia propia, instituciones i leyes liberales limitadas por los civilizadores rayos de la luz cristiana; supo amar i ser amado por sus compatriotas, i si alguna vez desenvainó la espada que el pueblo le puso en la mano, fué para defenderla de los furores de la anarquía suscitada por los enemigos del orden. Triunfó en los combates, i así como su arrojo, en los momentos del peligro, se asemejaba al rayo destructor; su clemencia, despues de la victoria, era como la brisa deliciosa que sucede á la tormenta madre del trueno pavoroso i mensajera de la ira del Señor.

El bardo ecuatoriano se sintió inspirado, empuñó la trompa épica i en pié, sobre la elevada cumbre de los Andes, le saludó majestuosamente i le tocó marcha cuando desfilaba vencedor: —“Salud, le dijo....

“ Salud, ó claro vencedor ! ó firme
Brazo, columna i gloria de la patria !
Por tí la asolacion, por tí el estruendo
Bélico cesa, i la inspirada Musa
Despertó dando arrebatado canto.
Por tí la patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz. Por tí recobran
Su paz los pueblos i su prez las artes ;
La alma Temis su santo ministerio ;
Su antiguo honor los patrios estandartes,
La lei su cetro, libertad su imperio.”

.....
.....

En vano "los vencidos claman luego traicion é inhumanidad": él como Murat amaba la victoria en su conjunto, i los detalles de la carnicería le infundian compasion i horror. El segundo dia del triunfo era el primero del perdon; i no de ese perdon que deja en el agraciado la vergüenza de la derrota i el humillante esplendor de la generosidad: el suyo era ese perdon del valiente i del justo, noble, sincero, generoso, que olvidando lo pasado, contempla en el hombre al ciudadano i le rehabilita i eleva dándole honores i empleos. ¡Cuántas veces rompió las cadenas de sus prisioneros i los ató á su voluntad con el indisoluble lazo de la admiracion i el agradecimiento!

Soldado republicano, habia nutrido su espíritu con la historia de los tiempos antiguos, i su vasta inteligencia habia llegado á comprender, como Washington i Bolivar, Sucre i San Martin, que la libertad sin el órden es una vana i odiosa quimera, que no solo destruyó la República romana, sino que tambien ensangrentó la Francia en los tiempos modernos, i escandalizó al mundo con atentados horrendos i sacrilegios espantosos. Precaver á su patria del dominio de tan corruptoras doctrinas que degradan la inteligencia i pervierten el corazon de los pueblos; encaminar el Estado por las sendas del progreso material é intelectual, que hacen la riqueza i la felicidad de las naciones civilizadas, todo al amparo de instituciones sólidas i bien meditadas, fueron los objetos á donde se dirigia ya como Supremo Presidente, ya como legislador, en el campo de la filosofía i la discusion parlamentaria. ¡La firmeza con que profesaba estos cánones de perfectibilidad social, prueban la honradez i sinceridad de su carácter! Los conservó en medio de los embates revolucionarios, de los tiempos i de los viajes, sin que le arredrasen las murmuraciones incendiarias de los *progresistas*, ni le hiciese retroceder el fantasma de la impopularidad.

Mas, ¡ó Dios inescrutable en la perfeccion de tus designios! el Ecuador no podia excepcionarse de la

lei constante que gobierna la especie humana: tenia que atravesar los áridos desiertos de la ignorancia, que sufrir las persecuciones de raquíticos faraones i que empapar la tierra con lágrimas de sangre para conquistar las preciosas instituciones que hemos escojido. ¡Tal es el precio que tienen las verdades en el mundo! i por esto ha dicho un escritor contemporáneo: “las revoluciones descienden de los patíbulos, las religiones se divinizan por los mártires, las verdades vegetan con sangre humana.” Nuestra naciente sociedad tenia que pagar este tributo, i para ello aspiraba ya el gérmen deletéreo de las revoluciones: nuestros hombres públicos deliraban en esa *Libertad, Igualdad, Fraternidad* mas propias para desviar el corazon de la juventud i la sencillez de los pueblos, que para establecer su bienestar. Nombres deslumbradores i brillantes que, bajo esperanzas seductoras, han causado la perdicion de las naciones, i de los cuales se sirven siempre los traidores para conspirar! Ellas se deslizaron imperceptiblemente entre nosotros é iguales á las pestes desoladoras, no excepcionaron ni aun á immaculados ciudadanos: culpables é inocentes, casi todos, aspiraron su arresivo veneno. La revolucion desvió así la conciencia pública i la sedicion tomó el acento de una idea nacional. Sonó la campana de arrebató é incendióse la guerra civil: el Presidente resistió con denuedo, repelió la fuerza con la fuerza; pero cuando reconoció la voz de la patria, inclinó su triunfante cabeza ante el principio de las mayorías i aceptó un ostracismo voluntario. ¡Recordó sin duda las palabras del Libertador de Colombia, i halló como él, la salvacion del país en la grandeza de su alma! Partió, pero al dirigir su última mirada de Fundador i de padre, á aquella patria que tanto amó. “Os felicitaré, nos dijo, si con mi ausencia podeis constituirnos.” ¡¡¡ Proféticas palabras que tres lustros de desengaños vinieron á confirmarlas!!!

La aurora de regeneracion brilló por fin: separáronse los buenos de los malos ciudadanos i empeñóse la lucha

entre opresores i oprimidos. El pueblo invocó á Alciades, i el viejo defensor de los derechos nacionales volvió trayendo en su alma la sabiduría, i en su corazon el entusiasmo del republicano i el valor indomable del guerrero. Aclamaciones unánimes le saludaron, i el ejército le presentó las armas reconociendo en él el emblema de la victoria. “Puso, pues, en la balanza de la guerra el crédito de su nombre i el peso de su espada,” i unido con el mas valeroso é incorruptible patriota, hizo la campaña de Guayaquil hasta reconquistar, en pocos dias, no solo la libertad del país, sí tambien su independencia.

Un solemne testimonio de reparacion pronunciado por la probidad i el patriotismo del alma mas incorruptible i severa de nuestros tiempos, absolvió al General Flores de todas las acusaciones que ántes le apartaran el favor de la Nacion. “Despues de restituirle los bienes i empleo que le fueron arrebatados por el furor de las discordias políticas i darle las gracias por el desinterés, decision i nobleza con que abrazó la santa causa que sostenia el Gobierno Provisorio, olvidando quince años de proscricion, sacrificando el porvenir de su numerosa familia, rehusando las ventajas materiales que le ofrecian los enemigos del honor euautoriano, agregó: *Doi las gracias á la Providencia por haberme deparado la honra de hacer brillar para V. E. el dia de la justicia. Adversario tenaz i ardiente del Gobierno que cayó en 1845, pero sincero hasta en mis errores, he conocido i apreciado el mérito de V. E. en medio de las crisis i de los peligros i me he apresurado á expedir aquel decreto de reparacion mas honroso todavía para quien lo ordena que para el que debe recibirlo.*” ;;; Este fué el veredicto de la Nacion pronunciado por el Sacerdote del pueblo, ante el mundo contemporáneo i la posteridad!!!

El ilustre veterano correspondió á este voto con manifestaciones propias de su grande alma, i supo retribuir al magnánimo sentimiento del Estado pagándole virtud por virtud, heroismo por heroismo. Consagróse con

ardiente solicitud, en esta nueva era, á ser el custodio infatigable de los derechos restaurados por la Nacion: veló constante sus peligros i salió al encuentro de ellos, cuantas veces fué necesario arrostrarlos: obediente á la constitucion i al Gobierno, fué el mas firme apoyo de uno i otro, llenando los deberes de ciudadano i de General con celo i resignacion. Grande por la elevacion de su destino i virtuoso por naturaleza, no dejó entrever ninguna pasion innoble: su valor impulsado por el patriotismo rayaba á veces en temeridad; i últimamente ofreció en holocausto su existencia al bien de la República, sin que lo detuviera su quebrantada salud ni el clamor obstinado de sus amigos i compañeros de armas.

Con medio siglo de una vida laboriosa en la que pasó alternativamente de los campamentos á las magistraturas, de la tribuna al destierro, i del destierro nuevamente á los campamentos i á la tribuna: la tension constante del espíritu i del cuerpo le hacian necesario el descanso reparador á que dispone el trabajo. Ver restablecida la concordia entre los ecuatorianos, i retirarse al hogar doméstico á contemplar la gigantesca obra de sus manos en el apogeo de la dicha; saborear los goces de la vida de familia; dilatarse por el espacioso i deleitable campo de las afecciones íntimas i hacer vagar su pensamiento por la inmensidad de los tiempos, de las generaciones i del universo; contemplar en la naturaleza la magnitud del poder divino i deducir de él su misericordia infinita, eran las únicas aspiraciones que conmovian su fatigado corazon. ¡Esta era la tarde apetecida para un dia tempestuoso i agitado! Pero, ¡oh terrible condicion de la especie humana! cómo se cortan los deseos mas sinceros i se desvanecen las mas lisongeras esperanzas! anticipáronse las tinieblas i el crepúsculo vespertino quedó cubierto por las sombras de fragosa tempestad.

Cuando supo que partidas de invasores desembarcaban en nuestras fronteras i que parte del territorio sufría la ominosa coyunda de sus huestes destructoras,

salta del lecho del dolor, nada le detiene i sale á la cabeza del ejército nacional, con el mismo denuedo i grandeza de alma que en los mas brillantes episodios de su juventud. Dirige las operaciones en medio del tormento de los dolores i de la angustia de un accidente mortal; agonizante derrota á los invasores, i una vez saludado el triunfo, conoce que se le acerca la hora suprema; despídese de sus denodados soldados i compañeros de armas; manda que el Vapor, en que estaba, haga rumbo hácia Guayaquil i se entrega á la agonía con la tranquila serenidad de Sócrates. Así, el que tantas veces desafió la muerte en las batallas se somete á ella con la conciencia de haber llenado su deber. La fe, ese misterioso don del cielo que, tras las sombras del sepulcro, hace entrever el horizonte de la eterna felicidad, ilumina su imaginacion, i él invoca al Cielo i muere perdonado i perdonando!....

El caudaloso Guáyas parece participar del dolor que produce su incalculable pérdida, se conmueve enturecido, brama el viento, la oscuridad recorre en todas direcciones, el espanto reina. . . ; La naturaleza muchas veces se asocia á los hombres en los grandes acontecimientos, i lo que llamamos casualidades no son sino decretos del Altísimo!

La pavorosa conmocion de los mares se comunicó á las poblaciones, cuando se propagó la funesta nueva de que el PADRE DE LA PATRIA habia espirado: gimió la República i se cubrió de luto.

Jamas os olvidaremos! Soldado denodado de la independencia, emblema del valor, de la honra i de la generosidad. Sí, jamas os olvidaremos; ¡oh ilustre campeón de nuestras libertades! dedicasteis vuestra juventud á la emancipacion de Colombia, i ceñisteis vuestra noble frente con los laureles de los valerosos combatientes. Ecuatoriano por las afecciones del corazon i los lazos de familia, fundasteis la República, la hicisteis soberana é independiente. Hábil publicista, magistrado i legislador, contribuisteis á darle sábias instituciones i respetabilidad.

Moristeis por la patria legado ejemplos de virtud i abnegacion dignos de imitarse.

Por esto, nunca le olvidais, ¡ oh compatriotas! : su tumba será el altar consagrado al recuerdo de sus preclaras prendas, i en los grandes dias de la patria, os acercareis à él, á invocar sus manes, seguros de que hallareis las inspiraciones que, cual genios misteriosos, se desprenden de sus cenizas.

Dejemos, pues, caer sobre el lóbrego paño que las cubre, una lágrima de pesar, é inclinemos la frente á la augusta sombra del héroe que vaga radiante de gloria sobre ese carro fúnebre i une á nuestros suspiros i sollozos un himno cantado con la voz imponente de la inmortalidad en alabanza de nuestra cara patria. No lo escuchais? Ah! en alas de los vientos se eleva sobre las cumbres de nuestras montañas i el eco repite por do quiera palabras sublimes de gratitud i de consuelo, que no es dado interpretar dignamente á la lengua de los mortales.

Correspondámosle, señores, con reiterados ejemplos de moderacion i de acendrado patriotismo, i sus votos serán cumplidos.

EL SEÑOR FRANCISCO JAVIER LEON—

No mi labio á adular viene medroso
A ese mónstruo que llaman Tiranía;
Nunca infame á besar del poderoso
La torpe planta á este lugar vendria.
Llego tan solo á tributar lloroso
Sobre la losa de una tumba fria
Un pequeño homenaje á la memoria
De aquel que goza sempiterna gloria.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

Señores:

Permitidme que en este momento, cuando mil sensaciones variadas i tumultuosas agitan mi alma, que en este lugar, con la Providencia por testigo i á presencia del pueblo, cumpla un deber sagrado, pague una deuda de gratitud i satisfaga al mundo i á la historia honrando los restos venerandos del Héroe de Colombia, del Padre de mi Patria, del ilustre General Juan José Flores.

Yo, que amaba su persona, admiraba su talento, respetaba su virtud i deploro su muerte debo tambien contribuir á bendecir sus cenizas.

La memoria, señores; ese juez incorruptible del tribunal de la conciencia, ese tesoro del alma, como la llamaba un antiguo, ese don funesto para la humanidad, segun Pitágoras, esa diosa del templo de la imaginacion, melancólica, enlutecida i excitada hoí por la presencia de este atahud, desarrolla á mi vista el funesto cuadro del pasado.

Casi siempre los hijos del Ecuador nos reunimos solo para llorar. Parece que la Providencia ha destinado á los ecuatorianos solo para el dolor. Registrando las efemérides de mi patria no se ve sino desgracias, sufrimientos, calamidades: ya el horrisono fuego de los volcanes llevando la desgracia á la pacífica morada del des-

pendiente de Atahualpa, destruyendo las ciudades i derramando por dó quiera el pánico i el terror; ya el azote de la peste asolando los pueblos i dejando yermas i desiertas las aledas; ya el genio de la discordia inquietando á nuestros vecinos i trayéndonos los males de la guerra; ya en fin, la guadaña de la muerte segando el cuello de los hombres prominentes que tendríamos: Flores, Sucre, Olmedo, Rocafuerte, podrian vivir todavía i todavía combatir por la patria, cantar sus glorias i defender los derechos del pueblo; del pueblo que necesita de guia para no caer en aquella anarquía espantosa que causó los disturbios de Roma, la vergüenza i las desgracias de Atenas. Miéntras que los Eforos i el Senado de Esparta ilustraron al Poder, fué Lacedemonia el templo de la gloria i de la libertad, las máximas de Zoroasto contribuyeron al engrandecimiento de la Persia i el genio de Portales ha hecho de Chile la primera República de Sud-América.

Todos los pueblos del mundo cuentan sus dias magníficos, épocas grandiosas, acontecimientos tradicionales que han contribuido á su prosperidad; mas en mi patria apénas ha brillado el sol de la felicidad, ha sido velado por la negra nube del infortunio: aún se oia resonar el grito de independendencia cuando el trueno de la revolucion retumbaba; aún entonaba el quiteño el himno de su libertad cuando la guerra civil le arrastraba al cuartel; apénas el ilustre Flores saludaba á su patria adoptiva i despues de 15 años de proscripcion se restituya al seno de su familia i de sus amigos á gozar de las dulzuras del hogar, de los tiernos halagos de la amistad, á trabajar por el bien del pueblo, cuando las fatigas de injustas guerras le quitaron la vida. Sí, señores, el dedo de la Providencia ha marcado nuestro destino. **RESIGNACION.** *Mi patria es jóven i le pertenece el porvenir; si el mundo no revela nunca el secreto de la felicidad á los pueblos, la Providencia les enseña que sus virtudes son premiadas (*).* Mucho tenemos que esperar

(*) Palabras de Ferduci.

para un país de costumbres puras, nobles sentimientos é inmensas virtudes, como el nuestro. La estrella de occidente amanece mas pura i mas brillante despues de una noche de tempestad.

Era el año de 1818, un velo de tinieblas cubria la parte mas bella de América, la tiranía i el fanatismo reinaban sin oposicion i se destrozaban entre la oscuridad. Las cumbres de los Andes, testigos indolentes del combate, servian de lecho á una vírgen que mascilenta i abatida dormia, como duerme el moribundo de debilidad, de inanicion, el que por largos años padece esa enfermedad del alma que se llama Esclavitud: dulce i apacible como las márgenes del Guáyas, tierna i sentimental como nuestro *Yaraví*, bella i pura como una hija de América, cubierta de un blanco cendal roto i manchado, con la sangre que el despotismo le habia salpicado desde el año de 809; su nombre era Ecuador, **MI CARA E IDOLATRADA PATRIA**. Un sonido bélico, un ruido formidable la despertó: el clarin de Bolivar que desde los llanos de Venezuela retumbó hasta las alturas de Pichincha. Sus ojos fueron sorprendidos por una luz vivísima que cruzaba el firmamento, era el brillo de la espada del jóven Flores desnuda ya en defensa de la libertad. Sintiendo entónces el noble entusiasmo que otras veces le habia hecho admirable, esa vírgen desvalida se convirtió en formidable amazona i acompañada de jóvenes guerreros, educados bajo el influjo marcial de aquella grande época, de aquella exaltacion caballeresca i ambicion de gloria que es el carácter distintivo del que ama la libertad, del que pelea por la justicia, combatió denodada contra el leon de Castilla que por mas de tres centurias le martirizaba entre sus garras; hasta que victorioso un dia pudo decir: **SOI LIBRE, NO MAS ESCLAVITUD**. Pero ¡ay! señores, la libertad es un nectar peligroso que es necesario para la vida; mas tomándolo con medida—su exceso mata lo mismo que su falta; es semejante al viento que cuando es moderado vivifica i produce la abundancia, i cuando se convierte en huracan

frastorna i destruye todo. Mi patria, niña é inexperta necesitaba una mano amiga que le ofreciera la libertad con medida i le guiara por la apacible i tranquila senda del órden; la encontró, señores, sin buscarla. El ilustre Flores le ofreció su apoyo, su talento i su espada; mi patria le reconoció por amigo, por protector, por Padre, porque en él halló *valor, consejo, prevision i audacia* (*); el ilustre Flores, cuyas frias cenizas tenemos á la vista i cuya biografía se puede hacer diciendo: que nació pobre i sin apoyo i por solo su valor, talento i virtud se elevó á la region de los héroes, al santuario de la inmortalidad. Jamas hizo mal á sus semejantes porque poseia en grado eminente esa sublime virtud de las grandes almas, se vengaba perdonando. En él la lealtad era un instinto tanto como un principio; olvidar las ofensas, amar á sus enemigos, una parte de su naturaleza, la esencia misma de su ser: esta elevacion de sentimientos se asemejaba á la de los antiguos romanos; aunque despojada de la ferocidad que manchaba á veces las acciones de los héroes de Roma. Firme en sus opiniones i designios, tenia sin embargo, todas las nobles inclinaciones de los corazones generosos, sufriendo penosos combates en su interior cuando los sentimientos de la naturaleza estaban en oposicion con las severas leyes del deber. Largos años léjos de su patria adoptiva, i como Temístocles, siempre patriota, aun arruinado por la ingratitud de sus amigos, acordándose siempre del Ecuador, le seguia con el pensamiento por entre el mar tempestuoso que atravesaba: como el padre del marino sigue con el alma al hijo de sus entrañas perdido entre las brumas. Cuando un Gobierno justo le abrió las puertas de la República, trabajó con el vigor de un jóven en constituirla, defender su nacionalidad i combatir contra los rudos ataques de la anarquía. Cargado de experiencia i de gloria quiso que *los errores del mundo antiguo enseñaran la felicidad al mundo nuevo* (**). Com-

(*) Palabras de Olmedo.

(**) Palabras de Bolívar.

batió, repito, sin cesar contra esos espíritus ilusos i corrompidos que vuelan de teoría en teoría, de locura en locura sin encontrar jamas la realidad; contra esas aves de rapiña que saltan de breña en breña asechando el momento de caer sobre la presa; hasta que estenuado con las fatigas de la campaña i herido en el alma por el puñal agudo del desengaño acabó su vida el dia 1.º de octubre del año de 864.

Murió, señores, pudiendo decir al expirar lo que el poeta perseguido de Judá: *He sido pacífico hasta con los que me aborrecian, cuando les hablaba se volvian contra mí i me perseguian sin motivo* (*). Murió, señores, i hoi viene su cadáver demandándonos un poco de tierra que le cubra, un sepulcro á donde sus amigos vayamos á derramar una lágrima silenciosa, depositar una corona i elevar á Dios una plegaria.

Venid valiente veterano de la guerra magna, venid, vuestro sepulcro será el corazon, el alma de todo hombre honrado i libre. Vuestros hechos vivirán siempre para la posteridad, *porque la tumba solo es el término del hombre vulgar* (**): Bomboná, Carabobo i Tarqui serán otros tantos monumentos que eternicen vuestra memoria. Los habitantes del Pichincha enseñaremos á nuestros hijos á pronunciar vuestro nombre con cariño i mostrándoles el templo del corazon, les diremos: **AQUÍ YACE FLORES, EL QUE NOS DIÓ LIBERTAD E INDEPENDENCIA.**

Vuestra voluntad sea cumplida, **PADRE DE LA PATRIA**, pues quisisteis que la misma brisa del Pichincha que meció la cuna de vuestra esposa é hijos, acaricie tambien vuestro sepulcro: sí, vuestra esposa é hijos, depósito precioso que sabremos guardar como vuestra prenda mas querida: vuestra esposa é hijos que serán siempre el objeto de nuestro cariño, porque estamos obligados á pagarles los inmensos servicios, los positivos bienes que os debemos.

(*) Salmo 119.

(**) Palabras de Balmes.

Señores, sea eternamente nuestra divisa la gratitud, nuestra ambicion la paz, nuestro amor el órden, nuestra especial virtud el perdon. Compadezcamos á esos pueblos bárbaros, donde con el oropel de la falsa gloria se cubre la sangre de mil víctimas. Sea nuestro orgullo el formar un pueblo honrado i pacífico, digno i dispuesto á morir por su Religion, su honra i su propiedad; dejemos á otros pueblos vivir para la ambicion, para la guerra; vivamos nosotros para el corazon, para el alma. Imitemos las virtudes del ilustre Flores, su amor por el órden i la libertad, i su constancia en luchar contra la demagogia.

Señores:—Hablo al medio de un pueblo católico. Encaminémonos al templo á orar por el descanso del Héroe; para que goce en la eternidad de la verdadera dicha, que solo se halla en el seno fecundo del Altísimo.



EL SR. DR. ANTONIO RIVADENEIRA—

Señores:

Llamado á este recinto por los estatutos de la Sociedad Patriótica á cumplir con el deber que me ha impuesto, como á miembro de ella, vengo á llenarlo, tal vez imperfectamente, mas por amor i respeto á la memoria del Excmo. señor General Juan José Flores, que por obediencia á una mision triste i dolorosa, á la vez que grande i sublime.

Para recibir los despojos mortales del General Flores mas propias i elocuentes serian las lágrimas solas, que el lenguaje enmudecido por la presion del sentimiento i aturdido por el golpe atroz que ha sufrido el corazon. Si los idiomas no tienen frases para expresar ese quejido que exhala el alma en los grandes padecimientos i en los pesares profundos ¿qué pudiéramos decir en este momento, que fuera mas digno i significativo que el llanto? pero por desgracia la mezquina i contradictoria condicion de nuestro ser hace que el llanto mismo nos sea dificil, porque ante los fuertes quebrantos los ojos permanecen enjutos, la vida de relacion se enerva i la máquina de la existencia queda á merced de un anonadamiento indefinible.

No pudiendo los labios explicar todo el sentir; negándose las lágrimas á la manifestacion de duelo, que reciba el esclarecido General allá en la mansion eterna este pequeño voto de recuerdo que le dirigen los ecuatorianos entusiastas admiradores de sus hechos; que perdone que deploremos su pérdida, posponiendo su dicha perdurable á nuestras congojas, pues la humanidad, siempre afecta de este egoismo, tiene como natural el hábito de preferir sus gratas sensaciones con la vida de un ser amado á la verdadera felicidad de éste.

Felicidad que principia desde que deja este teatro decorado por el dolor, que llamamos mundo, i desde que se emancipa del poder de las leyes físicas para ser inmortal i para, reuniéndose con el Autor divino, formar parte de su corte; á donde no llegan el sinsabor ni el conflicto, la pena ni el agravio, la ingratitud ni la traicion; i á donde el espíritu se alimenta con goces inefables, con dulzuras eternas i con sentimientos de paz i de consuelo.

La contemplacion de esta verdad religiosa deberia alejar la consternacion i el luto que producen el fallecimiento i la desaparicion de los objetos queridos; mas la naturaleza humana bajo el dominio de las impresiones inmediatas se resiente con la muerte, que es una verdad práctica, sufre sus efectos aterrantes, i establece la lei de duelo como si se tratara de separaciones eternas.

Nosotros, siguiendo este orden, concurrimos en este dia á recibir i conducir el cuerpo del General Juan José Flores traído á esta ciudad desde la de Guayaquil para colocarlo en su último destino sobre la tierra; para que dediquemos á su memoria los brotes de afecto i agradecimiento á que es acreedor; i para que saludemos sus restos. Restos preciosos, que han sido respetados por la accion del tiempo i por la descomposicion pútrida que destruye la materia orgánica, i que se conservan intactos como una prueba espléndida de privilegio i de la importancia de aquel á quien pertenecieron.

Con este fenómeno se ha prestado aun la naturaleza á rendir el mas justo de los homenajes al Héroe Colombiano, i á servir de apoyo á su elevada significacion histórica deducida de sus hechos i sus cualidades, de sus méritos i valer personal.

Con efecto, señores, nació el General Juan José Flores con el siglo XIX i supo ser digno hermano de éste por la ciencia i los talentos, por el genio i el valor. Distinguido colaborador de nuestra independencia mereció el grandioso nombre de *hijo predilecto de Bolívar*. Sostien de las instituciones que él fundó en esta República,

constante defensor de su patria adoptiva é infatigable centinela de la paz i el órden, le consagraron los pueblos el título de *Padre de la Patria*.

En la vida del General Flores no hai un dia estéril para la libertad i la civilizacion; no hai un rasgo que no dé lucidos tintes á sus biografías; ni un paso que no ponga en relieve sus colosales propiedades como hombre público, como soldado i como particular.

Jefe del Estado en tres períodos colocó las primeras basas de nuestra nacionalidad, alejando las dificultades i estorbos que ofrece toda obra grande en su principio; estableció por medio de negociaciones diplomáticas relaciones honrosas i necesarias con las naciones tanto europeas como americanas; i mantuvo, ya con tino i sagacidad, ya con energía i bravura, respetado i bien puesto el nombre ecuatoriano.

Dedicado á la carrera de las armas desde su infancia, creció entre el fragor de los combates, vivió bajo el imperio de la disciplina militar, se habituó al peligro i á todo género de privaciones, i concluyó adquiriendo las dotes de un sobresaliente General. Prudente i conciliador en la guerra, valiente hasta la temeridad en los campos de batalla, magnánimo i clemente en la victoria, sufrido i resignado en los contrastes fué, casi, un modelo de perfeccion en nuestros tiempos i en nuestros lugares.

No ha menester la apreciacion de hechos especiales para comprobar estas verdades; la historia los puntualizará, los panegíricos del año de 1864 los han publicado, i la conciencia pública i particular los conoce demasiado. Por ahora basta la consideracion de que el ilustre veterano principió su educacion militar á los doce años de edad con el ruido atronador de los cañones i con el continuo choque á lanza i bayoneta que forman la epopeya de Colombia; distinguiéndose por su prodigiosa intrepidez, i haciéndose admirar por actos de heroismo i de pericia.

El testimonio auténtico de lo expuesto se halla en el

exámen de todas sus funciones de armas desde el primer sitio de Valencia en 1813 hasta la toma de Santa Rosa en 1864, para la que dictó en el lecho de la muerte hábiles i bien conocidas disposiciones, inspirado por el fuego del patriotismo que lo sostuvo con vida hasta recibir en el puerto de *Jambelí*, la noticia del triunfo, despues del cual, tranquilo i contento, con esa calma del Héroe i del mártir exhaló sus últimos alientos, satisfecho de haber cumplido todos los deberes impuestos por los hombres, por la patria i por Dios.

Como particular, el General Flores era el lujo de la sociedad por la dulzura de carácter, suavidad en sus modales, finura en sus palabras; filantrópico, laborioso é insinuante, ha dejado entre nosotros recuerdos impercederos que pasarán á la posteridad señalando el tipo perfecto de un grande hombre. Ejemplar padre de familia, amigo consecuente i decidido, no pudo haber dejado enemigos sino por una aberracion de las pasiones. Jamas el odio ni la venganza tuvieron lugar en su alma: generoso aun con los que le persiguieron encarnizados, perdonó ultrages de aquellos que queman el corazon casi hasta carbonizarlo; así, cuando en su ostracismo escuchaba con amargura la historia de los agravios causados á su familia, prorrumpió en esta magnífica exclamacion: *no quiero tener venganza*. Su abnegacion por la patria era tanta, que no pocas veces, se le oyó decir, hablando del mas ingrato de sus enemigos: "*le perdono su infidencia i la bárbara rudeza con que ha tratado á mi familia; pero no puedo perdonarle el mal que ha hecho al Ecuador, atándolo para siempre con cadenas de hierro al carro de sus acreedores extranjeros.*" ¡Admirables sentimientos que solo pueden nacer en los corazones nutridos con las máximas de la filosofia cristiana i excitados por el mas puro i ardiente amor patrio! ellos comprenden el verdadero argumento del carácter del General Flores, forman el epílogo de su importancia i demarcan su fisonomía moral.

Hé aquí, señores un pequeño bosquejo del ilustre ca-

pitan que perdió la Nacion ecuatoriana el 1.º de octubre de 1864.

Dos años cincuenta i seis dias que dejó de existir.— Su parte corpórea la teneis en este catafalco, i la espiritual junto á los bienaventurados entonando los cánticos de gloria.— Su alma extática de júbilo descansa en paz eterna, en tanto que nosotros continuamos atravezando el campo de la tribulacion.....

Si la dicha está en la muerte, interponed vuestras peticiones, querido General, para que nuestras miserias tengan pronto término.

Alejad el triste desconsuelo de vuestra familia que gime con el peso de la horfandad.

Dirigid miradas de proteccion á esta patria que abandonasteis para siempre, sin que pueda deteneros, porque es impotente la razon contra la muerte, i es inútil luchar contra el destino.

EL SR. DR. JOSE MARIA GUERRERO—

Señores :

Amigo cordial i sincero del Fundador de la República, cumpro con el sagrado deber de tributar un recuerdo á su memoria ilustre.

Pension parece de los héroes de nuestra independencia el que sus cenizas se exhumen para ser transportadas al lugar que con mas derecho las reclaman. Bolívar, Sucre, San Martín, Lamar, que son los primeros protagonistas de esa grande epopeya, murieron oscuramente léjos del hogar doméstico, á donde fueron trasladados. El General Bernardo O'Higgins, una de las estrellas de esa brillante pléyade, también espiró en playas extranjeras, i la magnanimidad del actual Jefe Supremo del Perú se propone enviar sus reliquias á la Patria que las desea con vehemencia, para aplacar sus manes ofendidos. Decretado estaba que el General en Jefe Juan José Flores, corriese, despues de sus dias, la suerte de esos hombres insignes que le precedieron en la tumba: en la vida como en la muerte uno mismo debia ser el destino de los próceres de la independencia. Fué voto constante del que hoi lloramos, aun en medio de su amarga i dilatada proscricion, que sus cenizas reposaran en las faldas del Pichincha; i es á este piadoso deseo al que venimos ahora á dar cumplimiento, sin que felizmente pueda acusársenos de adular al Poder. Mas generoso i noble que Escipion el africano, quien no quiso legar á su patria ni sus cenizas, Flores víctima, acaso, de la ingratitud de la suya, i colmado de honores en lejanos reinos, solo suspiraba por los verdes valles de Añaquito i por una sepultura en las márgenes del Machángara. "Si muero en el ostracismo (repetia cons

tantemente) ruego á mi familia recabe de mis enemigos un sepulcro en Quito: el que no creo me lo nieguen." Así, siempre propenso á juzgar favorablemente á los hombres, él se consolaba en su largo i profundo infortunio con la idea de que, ante su tumba callarian los ódios i el mezquino clamor de las pasiones, i que sus restos gozarian en esta tierra de su predileccion, de aquel reposo que nunca pudo disfrutar en vida. Con efecto; soldado desde la niñez, pasó su vida en los campamentos militares i espiró con las armas en la mano. Cuando viéndole agonizante le conjuraban sus tenientes en el vapor *Guáyas* que regresara á curarse en Guayaquil, se conformó con responder: *soi soldado i debo morir en mi puesto*: palabras que se asemejan por su elocuente sencillez á las de Vespasiano que, aquejado de dolencias crueles, continuaba ocupándose de promover el bien público, diciendo: *el Emperador debe morir en pie*.

El General Flores devoró en silencio los crueles padecimientos de su enfermedad i siguió dictando órdenes para la ocupacion de Santa Rosa, hasta que le trajeron la fausta nueva de que la plaza habia sido ocupada i los enemigos expelidos del territorio ecuatoriano. Entonces, agoviado de fatiga, volvió su cabeza moribunda i dijo: *ahora podemos descansar*. La energía varonil que le habia sostenido hasta aquel momento dándole fuerzas para luchar hasta con la misma muerte, le abandonó súbita i completamente. Comenzó á delirar en guerras i batallas, i traspordado por fuerza i en ajenos brazos del *Guáyas* al *Smyrk*, entregó su alma á su Creador á pocos instantes. Era el 1.º de octubre de 1864, dia para siempre nefasto en los anales de la patria. Sobrecogido el pueblo de calamidad tan inmensa, no tuvo aliento ni para alegrarse del triunfo que se le habia comprado á costa de tan preciosa vida. La inscripcion que mandó poner el Gobierno sobre su atahud: — **AL PADRE DE LA PATRIA, EL PUEBLO AGRADECIDO**, no fué sino una débil expresion del sentimiento popular.

He comenzado, señores, por hablaros de la muerte del Fundador de la República, porque es la muerte de un héroe i porque ella sola bastaria para inmortalizar á un hombre. Permitid que os diga ahora algo de su vida, especialmente de su vida privada, que mediante la confianza con que se sirvió honrarme hasta su postrer suspiro, logré conocerla íntimamente.

Nació el General Flores para ser el Monarca de un grande imperio, no para mandar un país pequeño i pobre como el nuestro; porque trajo al mundo el don de una alma extremadamente dadivosa, caritativa i tierna que nunca podia negar nada, i á quien era imposible ver una desgracia sin socorrerla. Esta fué su grande virtud cristiana, i esta la que le habrá dado el cielo; pues escrito está: “Bienaventurados los misericordiosos, porque hallarán misericordia.” Pero este tambien fué su gran defecto político, i así se lo expresó el Libertador en una de sus cartas en que le decia: “estoi encantado con U.; pero tambien estoi mui enojado; porque es U. demasiado bueno para un militar i un político.” Tenia razon el Libertador; pues la excesiva bondad del General Flores fué la causa de muchas faltas....

Otra bella prenda que degeneró en él en defecto, fué su extraordinaria confianza en la fe de los hombres; pero felizmente, esta es el distintivo de los grandes corazones. Demuéstranlo Alejandro—apurando la copa que le presentaba su médico Filipo acusado de quererle envenenar; César en el Senado abriendo el pecho á Bruto, i Napoleon embarcándose á bordo del *Belerofonte*.

Generoso con todos, empleó su caudal en hacer bien hasta á sus peores enemigos: daba sin reparo i sin distincion i se complacia en ello. Como Alejandro al donar todos sus bienes, solo reservaba para sí la esperanza.

Lleno de sentimientos religiosos murió invocando con fervor el nombre de la Santísima Virgen de las Mercedes, á la que fué devoto toda su vida; i en sus últimos dias solia pasar largas horas en su oratorio privado, en cuyo

adorno i embellecimiento hallábase embebido.

Esposo tierno i padre cariñoso, su memoria es idolatrada por sus hijos i su virtuosa viuda.

Tanto en sus cualidades domésticas como en su carrera pública, Flores se asemejó á Cèsar i á Enrique IV. Como ellos debió su elevacion á sus victorias, i como ellos cultivó las letras i unió las prendas del amable i cumplido caballero, á la intrepidez del soldado i á la generosidad del héroe.

Los dos pasos del *Salado*, hazañas inmortales que, segun la expresion de nuestro bardo nacional Olmedo, parecerán á la posteridad como inverosímiles i fabulosas, fueron como Farsalia Ivrg, victorias obtenidas sobre hermanos. Pero mas feliz que Enrique IV i César, Flores comenzó su carrera lidiando por la Independencia i libertad de su patria, á la cual contribuyó con brillantes funciones de armas. Cúpole la gloria de pacificar á Pasto, con el triunfo de Mapachica, que le dió merecido renombre, á aquella Vende americana, donde habian escollado Nariño, Valdez i hasta el mismo Bolivar. En 1827 con 200 infantes i 80 ginetes, osa hacer frente á los aguerridos veteranos de Ayacucho que tornaban del Perú orgullosos é insolentes; los atrae á sí i salva á Colombia sin efusion de sangre. Para la campaña del Portete improvisa un ejército de 1200 soldados i comparte con Sucre el laurel de Tarqui.

En 1830 funda la independencia del Ecuador; i habiéndose sublevado en 1831 la divison que electrizó al General Urdaneta con la magia del nombre de Bolívar, conjura con su intrepidez i sagacidad la crisis mas pavorosa que haya amagado la existencia de la República.

Pero escrito estaba, que concluiria su carrera como Napoleon i Annival con un gran desastre. Mas, así como las derrotas de Zama i Waterloo en nada empañaron la reputacion militar de esos grandes guerreros, tampoco la jornada aciaga de *Cuaspud* eclipsó el brillo de la constante espada de Flores. Por el contrario, ninguna campaña honra mas su consumada estrategia que la que

tan infaustamente concluyó en las márgenes del Carchi. Flores comenzó por cortar á Mosquera tomando á Pasto i apoderándose de los baluartes naturales del Guáitara. Tumaco en el Occidente, único punto por donde podia escapar el General granadino habia sido tambien ocupado por nuestras armas. Quedaba, pues, el Presidente de la nueva Colombia encerrado en un círculo de acero, i no cabe duda de que nuestras fuerzas habrian abatido á aquellas. Pero mas de las dos terceras partes de los batallones ecuatorianos eran enteramente bisoños i el súbito pánico que se apoderó de ellos al comenzar la accion ocasionó una derrota semejante á la de Bul-Run en Virginia, donde el valor i la estrategia del viejo veterano Scott no pudieron impedir el pánico de las tropas colecticias de la Union. Antes de que se diera la batalla, el General Mosquera, juez en la materia mui competente. hizo justicia al General Flores, diciendo: “Él tiene hombres i yo tengo soldados.” Esta era la verdad, i toda la historia de aquella campaña está reasumida en esas palabras. No por eso, ni por el triunfo diplomático que tan hábilmente obtuvo en *Pinsaquí* se consoló Flores del desastre del 6 de diciembre de 1863, el cual indisputablemente aceleró su vida.

Si encontrais, señores alguna hipérbole en el presente discurso, disimuladlo, respetando la memoria de quien contribuyó á las glorias de Colombia i á la fundacion de nuestra República, i recordando que los sagrados vínculos de la amistad exaltan el espíritu i enardecen el corazon.



EL SR. TENIENTE CORONEL RAMON AGUIRRE—

Señores:

Veis esos campos agostados, yermos, cubiertos solo de enojoso espinoso, dó brilla el sol en la tostada arena; dó allá de vez en cuando hiende el aire el chasquido del látigo que el rudo campesino descarga sobre su pesada i leal cabalgadura; dó el pasajero exánime de sed i de fatiga busca el murmullo de apacible arroyo bajo la sombra de frondosa palma i encuentra únicamente, grieta calcárea, solitaria, lúgubre; imágen fiel es esta del suelo americano en tiempos no lejanos: imágen fiel, repito, de la penosa i agitada vida que nuestros mayores llevaron tres centurias.

Pues bien, un hombre un dia en apartado monte, sintiendo arder el pecho en sacrosanto fuego, juró morir ò este desventurado suelo libertar. Cruzó los mares, i al ver el sol que iluminó su cuna, desnudando su espada á todos convidò, á ser libres como él ò á perecer.

Cual rayo vengador que súbito recorre los ámbitos inmensos del espacio i del espeso bosque atravesando magestuoso pino lo enciende i lo devora; así la voz del ínclito varon inflamó el alma de todo americano i de improviso hirviendo en amor patrio en los templos de Marte su noble juramento secundaron.

Lanzáronse á la lid; i oh Libertad poder inexplicable, mágico poder! Ese sepulcro interrumpido apénas por el medroso rugir del Leon que custodiaba sus desgraciadas víctimas, tornóse en un alcázar donde ufanos campeaban nuestros padres, dueños ya de su conciencia i de su ser; esos campos estériles, incultos, poco ántes, habitados por infeliz i perezoso esclavo, trocáronse en vergeles ricos de animacion, de vida i de esperanzas.

pasado, cual si buscásemos algun consuelo en la memoria de risueños dias. Ayer buscaba la patria nuevos laureles para decorar la frente de su triunfador; hoy la Religion planta el Arbol de la Cruz junto al sepulcro que guardará para siempre los restos de esa urna que no os atreveis á mirar. Cuán amarga verdad, cuán poderosa! Su voz imponente acalla el grito de todas las pasiones, i deja solo al ministro del Eterno justificar el dolor que revelan vuestros semblantes. Tal es, señores, el único objeto que me propongo al dirigiros la palabra. No vengo á resucitar una grata memoria; porque ella no ha muerto ni morirá mientras viva la patria. No vengo á excitaros al llanto; porque veo vuestras lágrimas: vengo, repito, á justificarlas como fiel intérprete de la Religion, i á acompañaros en vuestro profundo duelo como hijo amante de la patria. I qué haré para realizar tamaña empresa? Ministro del Altísimo no puedo profanar su templo santo ofreciendo incienso á ningun ídolo de la vanidad: hijo del Ecuador no puedo olvidar la historia del héroe cristiano cuyas cenizas acatamos, historia que en mis primeros dias refiriome nuestra comun Madre al preguntarle de dónde i cómo vino ella al mundo: no me queda, pues, otro medio que el haceros esta pregunta. En vuestra condicion política qué amais con mayor ternura, qué amais con mayor generosidad, qué amais con mayor lealtad i constancia? La Patria. Está afligida? Llorais con ella. Necesita de vosotros? La ofreceis vuestras vidas. La veis humillada? No la negais. Este afecto que mientras se conserva puro no puede estar en riña con ninguna virtud moral, cristiana ó religiosa, nace con el hombre i es tan sagrado é imprescindible, que aun el egoismo, cuando pretende rasgar el seno de la patria, no se atreve á enclavarle el puñal parricida sin invocar ántes su nombre. I este mismo afecto vivificado en vosotros por el principio católico, justifica plenamente en este dia á los ojos de la razon i de la fe, las lágrimas que derramais sobre los restos del que una vez aclamasteis PADRE DE LA PA-

TRIA, el General Juan José Flores. I por qué? Porque amando la patria amais precisamente lo que el héroe cristiano fundó, lo que el héroe cristiano sostuvo i lo que nos legó con su lealtad i constancia hasta la muerte.— Ved ahí los tres títulos que le aseguran el derecho no á una gloria vana que tal vez pudieran disputarle mezquinas pasiones; sino á la *eterna gratitud* del pueblo ecuatoriano, digna por cierto de sernos prescrita por la religion que profesamos.

PRIMERA PARTE.

I en cuanto al primer título: cierto es, señores, i nadie puede dudar racionalmente de que la suerte de las naciones está en manos de Dios. Recorred los anales del mundo, comparadlos con las sagradas páginas en que los Profetas consignaron sus divinas inspiraciones; i os encontrareis á cada paso con ese Poder Altísimo que confundiendo el orgullo humano i burlando los cálculos de una vana prudencia; juega, por decirlo así, con todos los cetros i coronas de la tierra, i repite siempre victorioso lo que una vez nos dijo: *por mí reinan los reyes, i los legisladores ordenan lo justo: per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt.* Así, cuando en las grandes transformaciones políticas considero al hombre que dirige los destinos de una nacion por nuevas sendas que la llevan hácia su perfeccion moral i religiosa; no puedo ménos de reconocer en aquellas, unos acontecimientos sabiamente preparados, i en este una especie de sagrada vocacion suave i fuertemente sostenida por la Providencia. Esto supuesto: ¿quién de vosotros sin negar la historia, i hacer traicion á la patria i à sí mismo, se atreverá á desconocer en la creacion de la República ecuatoriana un hecho de tal naturaleza; i en el hombre que secundó los designios de Dios sobre su pueblo una voluntad decidida á seguir el impulso de esa especie de vocacion sagrada que hizo de él un instrumento aptísimo de la obra del consejo eterno? Oh, Patria, Patria! Sabes por qué te amo i te amaré siem-

pre con ternura religiosa? Porque cuando te contemplo en la cuna te hallo limpia, i el candor de tu frente me revela tu pureza. Tú no eres hija de bastardas pasiones, ni el hombre á quien con tanta justicia has aclamado Padre, blandió jamas su espada victoriosa insultando al Eterno, ó arrancando lágrimas á la Hija del Calvario, la Esposa de Cristo. Tú eres, pues, la obra de Dios, i esa gloria nadie puede disputarte. I efectivamente: un dia resonó en las faldas del Pichincha el grito de independendencia, que siendo por lo ménos la expresion de un sentimiento generoso; debia tener un eco prolongado en las márgenes del Orinoco i Marañon, i presagiar la época de aquella porfiada lucha en la cual la sangre de vencedores i vencidos fecundó los campos de la América meridional, é hizo germinar por todas partes los laureles destinados á ceñir las sienes de los fuertes. I cuál fué el resultado de tan generosos esfuerzos? La aparicion de una entidad política en cuyo nombre está cifrada la mayor gloria sud-americana; la aparicion de Colombia, la cual llena de vida i esperanzas prometia al mundo todos los frutos de la civilizacion moderna. Mas aquella fué, como sabeis, una verdadera aparicion; porque se habian concedido á Colombia muy pocos dias de existencia. Murió, pues, en breve, i murió para no resucitar. I quién le dió la muerte? A mí bástame saber que no fué la frontera del Sur; á mí bástame saber que solo el religioso Jefe de esa misma frontera la asistió en esa agonía, i puso en juego todos los resortes de que pudo disponer para no llorarla tan presto; à mí, por último, bástame saber que los departamentos del Ecuador, Azuay i Guayaquil proclamaron su soberanía cuando ya Colombia habia sido sepultada; para reconocer en la patria la pureza de su origen, en su Padre i Jefe la mas acendrada lealtad i deferencia á la autoridad constituida, que es el alma de toda asociacion, i en el Monarca supremo del humano linaje una Providencia especialísima i paternal en virtud de la que, para gloria de nuestras generaciones, grabó en la frente

del Ecuador el sello de la divina predilección, llámole pueblo suyo, i en su nuevo modo de ser confióle el difícil cargo de representar el principio católico contra todas las exigencias i maquinaciones de una política extraviada i turbulenta, la cual sin reflexionar en que tarde ó temprano llevará su merecido, osa llamarle con escaño teocracia i fanatismo. Sí: esta misión sublime es la verdadera gloria de nuestra nacionalidad; i el joven héroe que al recibir las riendas del poder se hizo cargo de ella, i supo desempeñarla con arreglo al llamamiento del Señor; mereció bien de la Religión i de la Patria, cuando á la cabeza de los suyos colocó en las sagradas aras los verdes laureles que decoraban su frente.

Oh, i qué laureles tan bien merecidos! No contaba aun tres lustros, cuando dirigiendo una mirada al campo del honor, descubrió en él una senda de gloria por la cual corrió sin dar un paso atrás, buscando i hallando nuevas palmas, subiendo de escalon en escalon al templo de la inmortalidad i adquiriendo un derecho incontestable á sus primeras sillas, derecho que á los héroes nunca fué preciso heredar. Os son demasiado conocidas sus hazañas memorables, para empeñarme en su especial encomio: visteis en su pecho la cruz de los libertadores de Venezuela i N. Granada i oísteis las aclamaciones con que Arauca, Nútrias, San Fernando, S. Camilo, Puerto-Cabello, Maticora, Carabobo, Bomboná i cien otros pueblos le saludaron siempre vencedor: le visteis en vuestro seno donde el resplandor de su espada, nunca desnuda sino cuando debia sostener la causa de la legitimidad, eclipsó á todos los que se atrevieron á ensayarla, é hizo eternamente célebres los nombres del Chimborazo i del Pichincha, del Guáitara i del Tarqui. I cuál fué el móvil de todas sus acciones? ¡Cuán satisfactorio es al ministro de la verdad poder desafiar sobre la tumba de un grande hombre á la mas severa i apasionada crítica, i hacerla enmudecer ó arrancar de sus labios la plena absolución de intenciones en otro tiempo siniestramen-

te interpretadas! Tal satisfaccion me cabe en este dia: i si al recorrer los hechos del PADRE DE LA PATRIA vi-niese á interrumpirme algun rumor de la maledicencia; me bastaria decirle que el héroe que en mil combates sostuvo siempre unos mismos buenos principios, sin venderse nunca á los halagos i promesas del genio de la discordia, ni prostituir su fe pública ó política; el guerrero que nunca despreció la muerte ni expuso su vida sino cuando se lo mandaron; el vencedor que con nadie se mostró mas generoso que con el rendido, pudo enhorabuena estar animado de alguna aspiracion; pero de una aspiracion noble que mui mal se quisiera confundir con la ambicion sangrienta ó el sórdido in-terés; siendo, como son, tan incompatibles el valor i la perfidia, la abnegacion i el egoismo, la misericordia i la venganza. Mas, cuál fué esa aspiracion, cual fué su blanco? Aquí es donde yo descubro esa accion especia-lísima de la Providencia que dirigió sus pasos i le pre-paró para que fuese el aptísimo instrumento de ulterio-res designios con respecto á esta Nacion. Pues si él se propuso coöperar al engrandecimiento de la patria que le vió nacer: Dios le prescribió que le abandonase para siempre, i le reservó otro pueblo que mas tarde debia ser su tierra de promision: si él consagró todas sus prendas al triunfo de una idea política que le domi-naba; Dios le colocó en medio de circunstancias que bien presto le hicieron conocer que aquello no era el último resultado de su mision: si él no se propuso otra gloria que la de dejar á la posteridad un nombre inma-culado, como súbdito que jamas disputó á los que reco-nocia superiores sus derechos; Dios recompensó esa ad-hesion constante i religiosa á la autoridad, granjeándo-le el amor i benevolencia de los demas próceres i el fi-lial respeto de todos los bravos que militaron á sus ór-denes. En fin, si él creyó de su deber salvar á Colom-bia, oponiendo la frontera del Sur á todos los emba-tes del espíritu revolucionario; Dios realizó en cierto modo el magnífico elogio con que le honró Bolivar, cuan-

do le presentó al mundo como el ángel tutelar de la República ecuatoriana. De este modo, ningun espíritu recto podrá dudar de que la brillante carrera en que nuestro héroe desplegó ese raro complejo de actividad i prudencia, de firmeza i generosidad, de valor i cordura, de lealtad religiosa i amor de sólida gloria, fué una preparacion providencial que le hizo tan adecuado instrumento de superiores miras; que ni el católico pueblo ecuatoriano pudo en aquellas circunstancias reconocer otro Padre de la Patria, ni el Padre de la Patria pudo reconocer otra hija exclusiva de sus méritos, para hermosearla con todos sus trofeos i conducirla llena de vigor i lozanía por las sendas del verdadero progreso moral i religioso. Ved ahí por qué la misma Religion nos impone en este dia el obsequio de gratitud para con el Fundador de la República, cuando nos dice: *in mortuum produc lacrymas et fac luctum secundum meritum ejus.*

SEGUNDA PARTE.

Mas si Flores mereció bien de la patria fundándola, no se hizo ménos acreedor á nuestro reconocimiento sosteniéndola en la paz. I á la verdad: queriendo el Señor hacer en las Divinas Escrituras un digno elogio del gobierno del mas sabio de los Reyes, nos presenta el estado de los pueblos á él confiados en la mas bella imágen que pudiera ofrecernos la divina inspiracion: “vivan, nos dice, Judá é Israel sin ningun sobresalto: cada cual á la sombra de su vid, cada cual á la sombra de su higuera”: *habitabat Judá et Israel absque timore ullo, unusquisque sub vite sua et sub ficu sua.* Estado por cierto envidiable, fruto precioso de la paz, que al abrigo de justas leyes, suave i fuertemente sostenidas por el Magistrado, derrama en las bien cultivadas heredades sus verdes olivas, asegura al labrador el premio de su diligencia, puebla solitarias dehesas i escondidos montes, surca con el negociante el océano para consolarle en la tormenta, favorece las artes, enriquece las ciudades, depura las costumbres, i en el silencio general de

las pasiones convoca á todos sus favorecidos para llevarlos al templo santo, i entonar acordes himnos de acciones de gracias al Soberano Dispensador de tantos dones. Ahora bien : permitidme, hijos del Ecuador, unas preguntas. ¿ Qué época de la patria emuló mas de cerca la gloriosa era de Israel i de Judá? I si hablamos de nuestras relaciones internacionales ¿ cuándo pudimos decir con mas verdad que viviamos sin ningun sobresalto, cada cual á la sombra de los árboles que habia plantado con sus manos? ¿ Cuándo visteis á la patria, mas constantemente honrada con la amistad de naciones poderosas, i mas atendida i respetada de sus hermanas? ¿ Cuándo la visteis llevar mas allá de sus confines, huestes valerosas para apoyar con gloria la causa del orden sériamente comprometida por las discordias civiles que agitaban otro suelo? ¿ Ojalá pudiéramos honrar la memoria de nuestro Padre sin necesidad de empapar con lágrimas los fastos de la historia del Ecuador despues de los tres lustros de su infancia! Pero es preciso confesarlo: pasó aquella época para nosotros: Dios nos ha sometido á duras pruebas: hoi luchamos en la nave de Pedro con las ondas de un piélagó iracundo: corremos, señores, la suerte de los pueblos católicos, i por tanto, ya no podemos vivir sin temor ó sin heroismo. Mas si ha pasado aquella época, no debe pasar su gratísimo recuerdo, el cual siempre traerá á nuestros ojos la venerable sombra del Magistrado ilustre que si bien héroe en la guerra, buscó sin embargo la gloria en la paz que procuró á su pueblo por los medios que dictó la Eterna Sabiduría á Salomon. Cuáles son estos? Oidle: “ la misericordia i la verdad guardan al Magistrado, la clemencia robustece su trono i afianza el solio la justicia: ” *miseriordia et veritas custodiunt regem, et roboratur clementia thronus ejus. . . . justitia firmatur solium.*

Oh! i quién me diera, señores, poder manifestaros á la larga en cuán alto grado brillaron en el Padre de la Patria estas grandes virtudes! ¿ Quién me diera poder presentarle en todos los actos de su vida pública

siempre acompañado de la verdad, de la justicia i de la misericordia! Pero todos conoceis mejor que yo su historia, i esa noticia bastará para justificar mis apreciaciones á este respecto. Le acompañó, pues, la verdad en cualquier sentido que se quiera tomar esa palabra. Habló el sabio de la verdad puramente especulativa, que disipa con sus rayos las tinieblas del error i la ignorancia? Nuestro Padre la amó entrañablemente i la buscó afanoso siempre que la paz concedió algunas treguas á sus armas: nunca la detuvo en injustas prisiones, honró las ciencias i se honró con ellas: la única aspiracion de su privilegiada inteligencia fué ensanchar mas i mas la esfera de sus conocimientos: i en prueba de ello, cuántas veces le visteis coronado de laureles, ora como dócil discípulo pendiente de los labios de un ilustrado sacerdote que le descubria profundos arcanos; ora como digno alumno de la poesía ensayando las cuerdas de su lira á la sombra de frondosos árboles? Habló el sabio de la verdad política, cuyo conocimiento es aun mas necesario al magistrado para dirigir los destinos de su pueblo? Nuestro Padre la estudió mui á fondo en la constante lectura, en la juiciosa observacion i en el trato continuo de gentes á que no podia ménos de llevarle su carácter singularmente amable i expansivo. Frutos fueron de este estudio la acertada direccion de todos los públicos negocios, el tino, la moderacion i la cordura que mas de una vez le distinguieron entre los legisladores de la patria. Habló, en fin, el sabio de la verdad moral i religiosa? Nuestro Padre no tuvo necesidad de buscarla en la razon, porque la halló en la fe; no tuvo necesidad de sostenerla con la razon, porque jamas su entendimiento fluctuó entre las olas de la duda; nació católico, vivió católico, murió católico; la fe le meció en la cuna i la fe le abrió las puertas de la inmortalidad; i si, como he dicho, guerrero nunca arrancó lágrimas á la Hija del Calvario; primer magistrado nunca disputó á su pueblo la pacífica posesion de la mas rica herencia que

habia recibido de sus mayores, la Religion Católica. I si esta os parece pequeña recomendacion de la religiosidad de su espíritu; contemplad, señores, las horrendas tempestades que contra la Iglesia ha preparado en nuestros dias la casi general revolucion anticristiana: llueven sin cesar rayos sacrílegos sobre la Cátedra de Pedro; sus formidables estampidos conmueven los altares i tronos; i algunos gigantes del siglo, creyendo ya ver el dia en que deben celebrar un triunfo definitivo sobre la obra de Dios, anuncian con voz en cuello su completa ruina i quieren ingratos proscribir la fe que regeneró el mundo, como incompatible con la prosperidad de las naciones. I en tales circunstancias; quién no vé cuán robusto debió ser el espíritu religioso del jefe de un pueblo que cifrando su mayor ventura en conservar el sagrado depósito, se opone con firmeza al torrente atronador que, arrastra hácia un profundo abismo á casi todas las sociedades de la tierra? Oh Ecuador, oh patria mia, nunca mas amable que cuando te veo congregada en el templo del Señor! Dichosa eres i escogida entre muchas; pues aun te vivifica el espíritu católico: dichosa eres, porque el Vicario de Cristo puede aun contemplarte en medio de mortales angustias con ojos enjutos! No te apartes nunca de tus caminos, no te dejes seducir, i salva con tus religiosísimos jefes lo que contigo supo conservar tu Padre á quien con la verdad guardaron tambien la justicia, la misericordia i la clemencia.

Sí: Flores revestido de la autoridad fué justo. Ved ahí, señores, una asercion que contraida especialmente á su posicion política, nadie puede llamarla aventurada sin mostrarse mal hijo de la patria. ¡I por qué? Porque así como el órden del Universo demuestra la justicia de Dios; así tambien el órden i el concierto de cualquiera comunidad demuestra la justicia de sus gobernantes: es decir, que el órden de la multitud i la justicia de su magistrado se hallan de ordinario tan íntimamente unidas entre sí, que aquel se infiere de esta

i al contrario: por consiguiente ninguno puede dudar de la justicia del Jefe de una Nacion i concebir al mismo tiempo en esta el órden i concierto inalterable, en el cual se establece el equilibrio entre las obligaciones, i derechos de los ciudadanos, se proscribe la violencia, se respeta al individuo, se persigue el crimen con la lei, se fomenta la virtud con recompensas, se garantiza á todos los miembros de la gerarquía el libre ejercicio de sus respectivas funciones, i por fin, dando á cada uno lo que es suyo, se obtiene por feliz resultado, que cada cual ocupe el lugar que le corresponde segun sus méritos. Esto supuesto: si la República del Ecuador bajo la Administracion del que hoy aclama PADRE DE LA PATRIA podia gloriarse de la independenciam de los poderes; si contaba en las Cámaras con prudentes legisladores, en el foro con jueces íntegros é immaculados, en el ejército con jefes i soldados valientes i morales, en los liceos i academias con sabios i laboriosos directores de la juventud, en el templo con venerables sacerdotes igualmente respetados por la autoridad i por el pueblo; si no deploraba violencias del mas fuerte ó abusos del poder; preciso es que nosotros como leales hijos de la patria, reconozcamos en su organizacion ese órden i concierto que demuestra de un modo incontestable la justicia de su digno Fundador.

¿Qué diré de su clemencia i de su misericordia? Aquí, señores, desaparece el hombre público i brilla tan solo el héroe verdaderamente cristiano. Cuando al recorrer su vida le hallo siempre asistido de tan hermosas compañeras, no puedo ménos de descubrir á los apacibles rayos que entónces refleja su modesta frente, casi diria, un gloriosísimo sello de su predestinacion. Su clemencia i misericordia, me digo á mí mismo, son sin duda hijas de la caridad cristiana, la única que puede estrechar en su seno á todos sin excepcion, ahogando las mas enérgicas reclamaciones de la naturaleza i sosegando los casi imprescindibles movimientos de un corazón herido. ¿Esto que á solas he pensado, ¿por qué no lo

diria delante de vosotros testigos fidelísimos de todas sus acciones? Sí: todos, amigos ó enemigos, le visteis en el solio. Oh! i cuántas veces en circunstancias muy difíciles para la República, observasteis que acercándose la verdad le decia al oido: “la misericordia sin justicia es pusilanimidad, i la justicia sin misericordia es crueldad: una i otra destruyen á los pueblos i á sus magistrados: miéntras que la misericordia estimulada por la justicia i la justicia moderada por la misericordia los conservan”: i sin embargo aunque su claro entendimiento penetraba toda la exactitud i profundidad de estas máximas, su tierno i generoso corazón jamás se decidía á abrazar el partido de la severidad. Cuántas veces una voz misteriosa le decia: “la justicia engrandece á las naciones, la justicia afianza el solio, i el magistrado justiciero que le ocupa, conjura con solo una mirada las tempestades que le amenazan”: i sin embargo en su pecho hallaban un mas prolongado eco otras palabras no ménos divinas: “la apacibilidad del semblante del magistrado es la vida de los pueblos: su clemencia es como el rocío vespertino.” De este modo, presentadme, señores, los nombres célebres de los mas clementes i benignos reyes ó poderosos de la tierra, i yo no dudaré afirmar que el PADRE DE LA PATRIA con dificultad pudo ceder á ninguno en clemencia. Si Antígono, Rei de los macedonios, contestó á los amigos que le aconsejaban asegurase á Atenas con fuertes guarniciones: “mas poderosa es la clemencia que la fuerza”; Flores se impuso una lei inviolable de no oprimir á ningun súbdito, aunque tal vez se creyese que la severidad era el medio mas oportuno de evitar trastornos i revueltas. Si Darío, Rei de los persas, envidiando la clemencia de Alejandro vino bien en cederle su cetro i su corona; Flores olvidando de corazón sus injurias, resignó el poder en manos de quienes difícilmente podian disputarle la gloria de su bien reconocida clemencia. Si César restableciendo las estatuas de Pompeyo, levantó las suyas, es decir, recomendó de un modo elocuente su generosidad; Flores ce-

diendo su lugar á quien no le habia vencido, dió à los suyos una espléndida prueba de verdadero desinterés i abnegacion, i mereció justamente de la patria una **ESTATUA DE BRONCE** en cuyo pedestal debiamos leer el nombre que ya ella le ha dado, i el sobrenombre de **CLEMENTE**. . . . Mas á dónde voi con el paralelo del magistrado católico i reyes paganos? ¿Qué brillo pueden adquirir delante de estèriles virtudes una clemencia i misericordia que, como he dicho, fueron hijas de la caridad? Hablemos mas bien de un Teodosio el jóven, hablemos de un David. Preguntáronle al primero, por qué no condenaba al último suplicio á ninguno de los que obstinados le ofendian. Escuchad, señores, una respuesta digna de un príncipe cristiano: “ojalá, repuso, ojalá pudiera yo resucitar á todos”: *utinam liceret mihi et mortuos ad vitam revocare*. Esta es la expresion verdaderamente sublime de la caridad en el heróico cumplimiento de uno de los mas árduos preceptos de la lei evangélica: ¿i no es tambien la respuesta que el Padre de la Patria habria dado á cualquiera de vosotros que hubiese pretendido verle armado con el innoble puñal de la venganza? David, injusta i cruelmente perseguido por Saul, andaba errante por montes i desiertos: para sustraerse del furor de tan poderoso enemigo escoge con los suyos por morada la profunda i solitaria cueva de Engaddi: sábelo Saul, é inmediatamente parte desatinado i ciego en busca de David, llevando para asegurar el golpe tres mil fuertes de Israel. Mas ved aquí burlados por la Providencia los designios del hombre injusto i cruel. Penetra él solo en dicha cueva, i se encuentra de improviso rodeado del vencedor del Filisteo i sus seiscientos siervos. Rei infeliz, caiste ya en tus propias redes: el Señor te ha entregado en manos del que has querido llamar tu enemigo: justísima es su venganza: muere víctima de tu misma crueldad é ingratitud. . . . Mas qué escuchó, señores? Ha hablado David, é hiriendo su pecho por haber cortado la orla del manto de Saul, ha dicho: “libreme el Señor de manchar mis manos con la

sangre de su ungido.” Qué mas? Contiene con gravísimas palabras el ímpetu de los suyos, i postrándose en presencia del Rei, prosigue: “mira i reconoce la orla de tu manto: pude extender mi diestra sobre tí; pero no lo hize para que te persuadas que en mí no hai maldad: juzgue el Señor nuestra causa, que yo jamas te ofenderé.” Esta es sin duda la mas gloriosa victoria del hijo de Isai. I cuántos triunfos semejantes no obtuvo el PADRE DE LA PATRIA? Le aborrecieron muchos? Él perdonó á todos. Asestó alguno contra su vida? No levantò ningun patíbulo para vengar esa agresion: ni cómo habia de levantarle el que dejando á Dios el juicio de su causa buscó siempre, i llamó, i atrajo i abrió su corazon á todos sus enemigos? Ah i cuántos de ellos al percibir la dulzura de sus palabras habrán dicho enternecidos lo que Saul á David: i es este, oh PADRE DE LA PATRIA, es este el acento de tu voz: *numquid vox haec tua est?* Cuántos imitando al mismo Rei habrán elevado sus ojos i su voz al cielo, i tal vez derramando lágrimas de gratitud habrán rendido un homenaje á tan grande misericordia i clemencia, diciéndole con el mismo Rei: “tú eres mas justo que nosotros; pues habiendo provocado tu indignacion i tu ira, tú nos has colmado de favores”: *justior es tu quam ego; tu enim tribuisti mihi bona: ego autem reddidi tibi mala.* He dicho cuántos? Todos, todos los hijos del Ecuador hemos reconocido i admirado esa singular clemencia, generosidad i mansedumbre; i si no decidme: qué súplica dirigieron al Eterno sus mismos censores, cuando al ver enlutada i llorosa á la patria, supieron que habia ya fallecido su Padre? Alzaron los ojos al cielo i exhalando del corazon mil suspiros, dijeron: *Perdonad, Señor, perdonad al que tanto perdonó en este mundo* (*).

TERCERA PARTE.

Mas qué turbacion advierto en vuestros semblantes? Qué amarga memoria han renovado mis palabras? Ya lo entiendo.... El recuerdo de los últimos dias del PA-

(*) Palabras tomadas de *La Prensa* de Cuenca, época 1.^{ra} n.º 9º

DRE DE LA PATRIA, el recuerdo de la triste noche del 1.º de octubre de 864. Lloradle, pues, que bien teneis por qué: en sus últimos dias sostuvo á la patria, i nos la legó en su muerte. . . . *in mortuum produc lacrymas. . . et fac luctum secundum meritum ejus.* Digno fundador de la República, ilustre Macabeo, cuya postrera época de vida, parece haber sido reservada por el Señor, como la de muchos héroes cristianos para que diese al mundo pruebas de constancia en los reveses, à la patria prendas del mas tierno amor en el sacrificio, i á la religion consoladoras esperanzas en su desprendimiento.

Oh, i qué constancia! señores, á un guerrero como Flores, la victoria le ostenta afortunado: los reveses le muestran constante: ved ahí, por qué la Providencia queriendo descubrir al mundo toda la fortaleza del Fundador de la República, permitió un reves. I se prestó el héroe á tan alto desiguio? Sin ninguna duda: obediente á la patria, condujo sus huestes al campo del honor, combatió él primero, i al ver en cien coronas suyas marchita una hoja de laurel, no quiso acordarse de sus antiguos triunfos. sino para adorar en silencio los decretos del Dios de las batallas: hizo frente á la adversidad con su constancia i salvó la República con su firmeza, con su sagacidad i con su nombre. Tal es la prueba espléndida de su cristiana fortaleza: i cuál será la última prenda de su tierno amor á la patria? El generoso sacrificio de la propia vida.

No le queda otra cosa: todo lo ha sacrificado ántes: sus intereses, su reposo, sus hijos. Vedle: ha divisado á lo léjos al genio de la discordia que trataba de lanzarse sobre la patria para desgarrar su seno hundiéndola en un profundo abismo de anarquía. Nada es capaz de detenerle: parte inmediatamente á atajar el paso á la discordia, oponiéndole su pecho. Decidle que ya ha trabajado bastante por nosotros; decidle que ya todos estamos persuadidos de su lealtad; ponedle delante el grave mal que le aqueja, i le abreviará los dias si emprende esa jornada: Flores no escucha vuestra súplica: oye tan solo la voz del deber i cifra su última gloria en

morir al servicio de la patria. Oh amor verdaderamente paternal, oh heróico sacrificio! Acababa, señores, de conjurar la tormenta, acababa de empujar hácia atrás á la discordia; i hé aquí que le sale al encuentro el ángel de la muerte para exigirle el comun tributo: él se resigna en las manos del Señor; pero ántes volviendo sus moribundos ojos á la patria, le dice: “Ecuador, á mí me cupo la gloria de darte el ser que tienes: yo te he defendido siempre con mi espada, i cuando la suerte me fué adversa, te sostuve con mi influencia: jamas pude aborrecerte, ni ménos consentir en tu parricidio: en prueba de ello, hoy muero por tí. Ninguna otra cosa puedo dejar á tus hijos en herencia que á tí misma: vé, pues, i diles de mi parte que yo perdono de corazón á todos los que no me conocieron: diles también que me perdonen.... ampara en su horfandad á los míos que son también tus hijos.... reposen mis cenizas en las faldas del Pichincha.... i vivid felices....” Calló el héroe un instante i la patria llorosa volvió el rostro hácia atrás...

Mas, oh espectáculo verdaderamente conmovedor! Va á exhalar nuestro Padre el último aliento: rodean su lecho la religion i la patria: está ahogada en sollozos, no puede decirle ni un adios, i confía tan solo á la religion el cargo de consolarle i sostenerle en esa terrible lucha. I quién podrá interpretar las palabras misteriosas de la Hija del Cielo? Quién los sentimientos del héroe cristiano? Este en los umbrales de la eternidad presenta al Rei de los reyes i Señor de los señores intacto el depósito de su fe i de la de su pueblo: llama en su socorro todos los auxilios de la religion; se despide del mundo, del cual mucho ántes se habia ya desengañado, i se entrega en los brazos de la Providencia con la confianza de quien conocia á su Dios.... La Religion recogió su postrera lágrima, cerró sus ojos, i presentando á la patria el cadáver de su Padre, le dijo: *in mortuum produc lacrymas.... et fac luctum secundum meritum ejus*. I quién dejó de oír ese tristísimo acento? Oyóle el veterano, i volviendo sus armas hácia la tierra, no pudo contener el llanto por su ilustre capitán que,

cual otro Macabeo le habia llevado siempre á recoger laureles en el campo de la gloria: oyóle el religiosísimo Jefe de la Nacion, i lloró al PADRE DE LA PATRIA como David á su amigo Jonatás: oyóle el ministro del santuario, i entró al templo suspirando, cubrióle de luto, i al concierto de voces melancólicas i tristes instrumentos, ofreció al Eterno la Hostia pura por el católico fundador de la República ecuatoriana.

Hoi, señores, la patria recobrada algun tanto de ese hondo pesar i amargura satisface á la última voluntad de su Padre, colocando sus restos en las faldas del Pichincha. Ahí los teneis humedecidos con las lágrimas de los pueblos por donde han pasado: allí los teneis reclamando tambien de vuestra gratitud igual obsequio. Lloradle, pues, que bien teneis por qué: *in mortuum produc lacrymas et fac luctum secundum meritum ejus.* Entre tanto, oh divina religion, oh hija del cielo! tú que has impuesto á la patria el deber sagrado de honrar la memoria de su Padre, despliega hoi tus labios intalibles i dilata nuestro oprimido corazon con la esperanza. Dínos, (pues fijas delante de nosotros una tierna mirada sobre aquellos restos) dínos qué hiciste de su espíritu á dónde le llevaste? Has presentado al Señor el voto unánime de todos los hijos de este pueblo? Ah! yo no lo dudo. La esposa i sus hijos, el sacerdote i el soldado, el amigo i el enemigo, todos, todos al rededor de la tumba de nuestro Padre hemos dicho con el Profeta Rei: "acordaos, Señor, de vuestro siervo David, i de toda su mansedumbre: *memento, Domine, David, et omnis mansuetudinis ejus.*" Tú misma nos has inspirado esa plegaria, enseñándonos que el misericordioso alcanzará misericordia: i podria yo dudar ni un solo instante de que la hayas presentado al trono del Dios de las misericordias? Ah no: mil veces no. I por eso, señores, me recrea la dulcísima esperanza de que miéntras derramamos lágrimas sobre las cenizas del PADRE DE LA PATRIA; su espíritu glorioso vuelve tal vez sobre nosotros una mirada plácida, i con toda la ternura de su corazon nos dice: *vivid tambien felices.*

DOCUMENTOS.

CIRCULAR.

Ministerio de Estado en el Despacho del Interior.

Quito á 19 de noviembre de 1866.

Al.....

Deseando el Supremo Gobierno honrar la memoria del ilustre General Juan José Flores, i atendiendo á que este fué General en Jefe del Ejército ecuatoriano, ha dispuesto que se solemnizen las exequias, que tendrán lugar el día lúnes 26 del presente, con asistencia de primera clase en la Iglesia Catedral. Con tal motivo, me cabe la honra de invitar á.... á que concurra en aquel día con los empleados de su dependencia i á la hora de costumbre, á la sala del Palacio, para de allí trasladarse al enunciado templo, acompañando al Supremo Poder Ejecutivo.

Dios guarde á....

Manuel Bustamante.

República del Ecuador.—Comandancia General del Distrito.—
Quito á 24 de noviembre de 1866.

Al señor Nicolas García, Escribano de Guerra.

El día de mañana á la hora que lleguen los restos del Excmo. señor General en Jefe del Ejército Juan José Flores á la iglesia de la Recoleta de Santo Domingo, se constituirá U. en ese templo, i haciendo abrir la caja que los contiene, con las formalidades de estilo, procederá al reconocimiento é identificacion del cadáver, extenderá la correspondiente acta i la remitirá á esta Comandancia General.

Dios guarde á U.—A. Guerrero.

ORDEN GENERAL DEL 24 DE NOVIEMBRE DE 1866.

Art. 1.º Siendo el 26 del presente el día señalado para la traslacion de los restos del Excmo. señor General en Jefe del Ejército Juan José Flores á la Iglesia Catedral, se practicarán las prevenciones siguientes:

1.º La artillería, al mando del capitán graduado Jorge Moreta, á las cuatro de la mañana de ese día, se colocará en la falda del Panecillo i hará, despues de diana, tres tiros consecutivos; desde entónces continuará disparando un cañonazo cada media hora, hasta que el carro fúnebre llegue á la iglesia metropolitana; la primera i segunda descargas de á tres cañonazos i la última de quince las hará cuando la infantería haya ejecutado las suyas.

2.º Los cuerpos de la guarnición formarán á las siete del día en la plaza principal, llevando los jefes, oficiales, banderas, estandartes i cajas el respectivo luto; de allí marcharán hasta la plazeta de la Recolecton de Santo Domingo para hacer al cadáver los honores prescritos por la Ordenanza.

3.º Un cabo i ocho soldados de la guardia de honor del difunto General en Jefe, con armas al hombro por estar en campaña, se colocarán á los costados del carro durante la marcha, i no abandonarán su puesto hasta que se haya depositado la caja.

4.º Delante del féretro irán los batidores del 2.º Regimiento con sables al hombro, á estos seguirán cinco caballos de batalla del difunto General, con caparazones de luto, tirados por los gastadores del Batallon N.º 2.º; i cuatro sargentos del 2.º Regimiento harán de palafreneros de los caballos que conduzcan el coche funerario.

5.º Los señores General José Martínez de Aparicio, Coronel Manuel Guerrero, Teniente coronel Ramon Zambrano i Sargento mayor Juan María Llaguno llevarán las borlas del féretro hasta el pórtico de la iglesia, en donde tomarán la caja mortuoria para conducirla al catafalco.

6.º Detras de los restos seguirán la infantería en columna de mitades i con bayoneta armada, i la caballería en filas de á ocho i lanzas añanzadas, debiendo las bandas tocar la marcha á la sordina.

7.º El Batallon N.º 2.º, despues que haya entrado á la iglesia el cortejo fúnebre, abrirá calles desde la puerta del Palacio de Gobierno hasta la de la Catedral para hacer honores á S. E. el Presidente de la República; i concluido este acto formará delante del Palacio Episcopal, i ejecutará á su debido tiempo las descargas correspondientes.

8.º Al depositar los restos en el lugar designado i ántes de la tercera descarga, todos los cuerpos que forman la parada presentarán las armas i batirán marcha como el último saludo que hacen á su General en Jefe.

9.º La parada será mandada por el señor Coronel Manuel Salazar.—El Coronel Comandante General, *A. Guerrero*.—El Teniente coronel Secretario, *Mauricio de Sanmiguel*.

En Quito á 26 de noviembre de 1866.—Constituidos los señores Sebastian Guardéras, doctor José María Guerrero, el Sargento Mayor graduado Dario Capelo, Comandante de la escolta que ha conducido desde la ciudad de Guayaquil los restos del Excmo. señor General en Jefe del Ejército Juan José Flores, el Sargento Mayor graduado Joaquin Nieto, Comandante de la guardia que los recibe, i un concurso numeroso de personas que se hallaron presentes; el infrascrito Escribano abrió la caja que contienen dichos restos i se encontraron intactos en estado de momia i capaces de manifestar la identidad de la persona reconocida; porque conserva casi ilesas las facciones de la cara, configuracion de la cabeza, el bigote i la parte de pelo se-

gun lo tenía cuando vivo: este reconocimiento no pudo verificarse al día de ayer por haberse agolpado el pueblo con la novedad, circunstancia que puesta en conocimiento del señor Coronel Comandante General, produjo la orden verbal de que tuviera lugar en la mañana de este día. Con lo cual se concluyó la diligencia i lo firman de que doi fe.—*Sebastian Guardéras.*—*José María Guerrero.*—El Mayor graduado, *Dario Capelo.*—El Mayor graduado, *Joaquin Nieto.*

El Escribano de Guerra, *Nicolas Garcia.*

República del Ecuador.—Jefe en comision del 1.^o Regimiento Lanceros.—Quito á 28 de noviembre de 1866.

Al señor Coronel Comandante General del Distrito.

Señor:—Tengo la honra de poner en conocimiento del Supremo Gobierno, por el respetable órgano de US., que el día 25 del presente mes he llegado á esta capital comandando la guardia que desde la ciudad de Guayaquil ha custodiado los venerandos restos del ilustre General en Jefe del Ejército, i á fin de que S. E. el Presidente de la República tenga cabal conocimiento de algunos detalles de mi marcha espondré á US. lo siguiente.

El día 7 del mes que cursa los recomendables profesores de medicina, doctores Espinoza (Nicolas) é Illescas acomodaron personalmente el cadáver momificado del General, usando de algunos preservativos para impedir la polilla, lo acompañaron hasta el vapor i rehusaron aceptar el honorario que el señor Juan José Flores i Jijon les ofrecia, manifestando á la vez profundo sentimiento de no poder hacer algo que demuestre el afecto que profesaban al señor General Flores.

Desembarqué en Babahoyo á las dos de la mañana del día siguiente i á las nueve el señor Gobernador i varias personas respetables pasaron al vapor á desembarcar en sus hombros los restos que custodiaba. Una compañía de soldados hizo los honores correspondientes i algunas descargas de fusilería desde que saltamos á tierra hasta las cuatro de la tarde en que salí de ese lugar.

El 11 llegué á Guaranda, donde todo el pueblo manifestó consternacion i grande entusiasmo por recibir con la solemnidad posible el cuerpo del Excmo. General Flores. Permanecí allí hasta el 13 en que salí para Ambato, á donde entré el 15, después de que en Mocha el párroco i el pueblo salieron al encuentro á rendir el homenaje debido i clamar al Cielo por el feliz descanso del Padre de nuestra Patria.

El 15 estuve en Ambato i á la entrada encontré al señor Constantino Vázquez con varios eclesiásticos i otras personas que, invitados por el señor Teófilo Quirola, solemnizaron la entrada. Grande fué en ese lugar el empeño del vecindario por hacerle exequias, mas la precipitacion de mi marcha no dió lugar á ellas i solo hubo tiempo para que se reuna la milicia nacional i haga al cadáver los honores de estilo. Por falta de bagajes tuve que salir de Ambato al tor-

cer día de mi arribo; entré á Latacunga en donde el señor Gobernador, doctor Felipe Sarrade, recibió los sagrados restos con una pompa magnífica respecto de los medios de que disponia i de la premura del tiempo. De allí salí al otro día i llegué á la hacienda de la Ciénega, de donde me puse en marcha al siguiente día por la mañana hasta Tambillo, en que he parado ocho días, de acuerdo con las órdenes recibidas al efecto.

En la madrugada del 25 emprendí nuevamente la marcha desde esta hacienda i á las once del día encontré en Turubamba al 2.º Regimiento que venia, no ha hacerse cargo del sagrado depósito confiado á mi lealtad, sino á acompañarlo i hacerle los honores debidos. En union de aquel vino un numeroso concurso de ginetes i de personas de á pié pertenecientes á las diferentes clases de la sociedad. La comitiva fué engrosando sus filas hasta obstruir completamente el camino; pero en obsequio de la moralidad i cultura de los habitantes de la capital debo manifestar que, no obstante la confusion, no solo no se notó el menor desórden que requiriera el empleo de la fuerza de mi mando, sino que por el contrario se observó un profundo silencio i un recogimiento religioso. Desde el molino de Chimbacalle los hijos i deudos del ilustre General echaron pié á tierra i cargaron sobre sus hombros las venerandas reliquias hasta depositarlas en la capilla ardiente preparada en la Recoleccion de Santo Domingo, donde continuó custodiándolas todo el día i la noche del 25 en medio de la inmensa concurrencia que cercó llena de piedad i consternacion el féretro depositado en la capilla ardiente.

En la mañana del 26 se me presentó el Mayor graduado Joaquin Nieto con una escolta de infantería para recibir el precioso depósito i relevarme de mi comision. El certificado del Escribano de Guerra Nicolas García, que posee US. original, comprueba que practicada á presencia de los primeros testigos que se encontraron á mano i aun de todos los que se hallaban en la iglesia, la penosa diligencia del reconocimiento del cadáver, resultó su completa identidad, i que todos pudimos contemplar por la última vez el rostro augusto del Padre de la Patria.

La escolta que iba á mis órdenes ha guardado la moral i circunspeccion correspondientes á la noble comision de que se le habia encargado i ha venido contristada al conducir el cuerpo de nuestro benemérito General en Jefe i agradecida al ver que las poblaciones todas del tránsito manifestaban su profundo duelo.

Dígnese US. poner en conocimiento del Supremo Gobierno el contenido de la presente nota i aceptar los respetos de su subalterno.

Dios guarde á US.—*Dario Capelo.*

FIN.

ERRATAS SUSTANCIALES.

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE.
3	11	pleyada	pléyade
6	22	atrajeron	atrajo
9	23	mortalidad	inmortalidad
15	22	arresivo	corrosivo
21	4	aledas	aldeas
29	4	conocidas	combinadas
42	32	secundó	segundó
49	10	con	á
52	12	ninguno	alguno

ADVERTENCIA.—El discurso del señor coronel Manuel Guerrero no se pronunció por falta de tiempo, pero fué consignado el mismo día en la imprenta.